
OBRAS COMPLETAS
DE
LUIS ANTON
DEL OLMET
CRUZ VERDE, 8
NOVELA
RENACIMIENTO.
MADRID.

CRUZ VERDE, 8

LUIS ANTÓN DEL OLMET

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN I

CRUZ VERDE, 8

NOVELA



RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1921



JORNADA PRIMERA

DESPERTÓ a Enrique el gorjear de aquel amarillo pájaro canoro, soltero y poeta, que decía, en su jaula de alambres dorados, una romanza siempre igual y siempre bonita.

Despertó con el espíritu alegre y el cuerpo aplacido por un buen dormir. ¡Oh, qué bien le probaban aquel clima fresco, aquellos baños de Riazor, gélidos, en el agua tan azul, aquella ciudad apacible y risueña, la ciudad de su niñez ya remota y, sobre todo, el mimo de sus padres y el arrullo de su hermanita menor, María Angélica!

Dejara su Coruña, ya bachiller, harto de aprender latines en el Instituto y de pescar minchas y mejillones en el Orzán, para irse a Bilbao, y allí hacerse ingeniero. Los padres eran entonces jóvenes aún, y María Angélica, nena de cinco años. Once iban pasados desde

aquel día, no poco triste y desgarrador, cuando se fué para buscar en el horror de la vida una carrera, unos dineros, un hueco entre los hombres. ¡Once años! ¡Once años de luchas, de envidias, de odios, de fatiga inmensa, que le habían dejado en la cara arrugas de madurez harto precoz, y en el corazón un secreto desencanto!

En mitad de su contienda, transcurrida en Madrid y en Bilbao, y a veces en Londres y en Amberes, tuvo algunas treguas mínimas, durante las cuales visitó a sus padres. Pero, sobre que aquellos viajes fueron exiguos, llevaba ya una vida—a Enrique le parecía una vida—sin reposar en La Coruña durante alguna etapa suficiente, durante algún remanso bienhechor.

¡Oh, ahora sería de veras! Tenía ya un capital modesto, arrancado a la ajena voracidad, fruto de su trabajo y de su audacia, y era el instante soñado para descansar quince días junto a los seres dilectos de su corazón. Encontró a sus padres viejos ya. Don Enrique no salía de noche, y usaba gabán desde las seis

de la tarde en pleno verano. Doña Eloísa estaba cana totalmente, le seguía llamando a su hijo "el niño", y lo apiporraba de leche por las noches, dejándole una jarra mantecosa y apetitosa sobre la mesilla, y poniéndose muy triste si aquel ingenierillo paliducho no la había vaciado antes de que María Angélica le llevara el desayuno en la bandeja limpia, sobre sus manos de nácar y rosas.

¡Oh, qué bien le probaban aquel clima fresco, aquella ciudad encantadora, llena de recuerdos y sonora a niñez, aquel zambullirse en las yodadas aguas de Riazor, y aquel hogar casto y sencillo, donde vivía una madre tan santa y donde reía una hermana tan angelical!

Era triste, únicamente, pensar en el retorno a Madrid. Su consocio, Hermida, le esperaba el día 12. El día 12 tenía que salir Hermida para Barcelona, donde le era preciso realizar algo importante. Ya tenía en su poder el talón del coche-cama. Fecha inviolable la del día 12.

Se despertó Enrique acariciado por el gor-

jeo del pajarillo familiar. ¿Serían...? Miró el reloj. Las diez. ¿Cómo no había surgido aún María Angélica con el café, el periódico local, y tal vez alguna carta, una enojosa y maldita carta de negocios y de hastíos?

Reinaba en el hogar un silencio hondo y mimoso. Doña Eloisa tenía dadas órdenes para que nadie osara despertar a su niño antes de las diez. Don Enrique estaría en su oficina, o acaso jugando en el café su matutina partida de dominó. María Angélica compondría su belleza rubia, ingenua y maravillosa, allá, en la alcobita vestida de blanco. La criadona gallega, alta, mórbida, hercúlea y montaraz, fregotearía en la cocina atisbada por doña Eloisa, vigilante. ¡Oh, cómo sentía Enrique el halago de aquella casa, hóspita y buena! ¡Qué tristeza dejarla! ¡Qué pena retornar a los negocios, a las envidias, al cansancio!

Pero el recuerdo de aquella otra mujer le deslumbró. Le deslumbró como una esperanza de ilusión y de felicidad. ¡Magda! Sí. También en Madrid vivía la dicha y abría sus brazos al goce de existir, de ser. ¡Magda. Y la vió

toda, con sus diez y seis años alegres, efusivos y atolondrados; su cabellera cortada, de lustrosos rizos negros; su risa cantarina y cascabelera; su boca roja y húmeda, que sabía besar con ahinco furioso; toda la gracilidad cimbreadora de su cuerpo bonito, aquel vestido que Enrique le regaló, y aquella escarcela de ¡treinta duros!, que se le había antojado un día, y que la tenía contenta y orgullosa cual si la hubieran nombrado marquesa.

En la cama aquella, casta y solteril, tutelada por una madre que nunca sospechó del vicio ni de la maldad, fué a casa de Magdalena con el pensamiento. Aquello era distinto, pero también era dichoso. Vió el barrio lejano y enorme de la gran urbe, con su metropolitano propincuo y sus tranvías. Saludó a la portera, jovial, un tanto cómplice:

—¿Está la señorita Magda?

Gertrudis sonreiría cazurra.

—Sí.

Llegaba. Un timbrazo. El primero en llegar, la perrita, "Golosina", cachorra de policía, gordota y hambrona, que Enrique llevó un día

a casa de Magda como un tesoro, y que ya movía su corto rabito inocente cuando sentía los pasos de su dueño. La criada. Desde el comedor vendría corriendo Magda, con su coclear de pantuflas sedeñas, su rizada melenita, y la miel de sus labios, chillando alborotadora:

—¡Hola, Enriquín! ¡Hola, bonito! Vienes más gordo. ¿Me traes algo?

De pronto, el pensamiento de Enrique se anubló. También estaría allí, en aquel nido pequeño e ilusionado, la otra, la madre, doña Magdalena, con su cuerpo esquelético, su cetrina faz de enferma, su lunar peludo en la mejilla, sus ojos brilladores y escrutadores, sus largas manos rapaces, sus eternos embustes de mujer patológica, su íntimo y voraz afán de lucro, su odiosidad y su antipatía. ¡Qué madre aquella, tan execrable y tan aborrecible!

Pero Enrique sintió pasos y dejó de pensar en Madrid y en Magda. Eran unos pasitos cautelosos y lentos que iban hacia la cocina con redror, temerosos de molestar, de inquietar al durmiente. ¡Ella! Era ella, la madrecita casta y bondadosa, y era el desayuno preparado para

"su niño", el más suculento de los desayunos que jamás catara el más goloso de los señores deanes. Y Enrique, al oir aquellos pasitos cortos y pandos, que eran como un tributo maternal, como una caricia de ternura anónima, como una prodigalidad secreta, se emocionó de amor, e incorporándose en la cama, gritó:

—¡Madre!

La voz de ella, su voz, dijo:

—¿Qué, hijo?

—¡Ven! ¡Corre!

Doña Eloísa se presentó asustada:

—¿Qué, hijo? ¿Qué?

—Nada, mamá. Es que tengo una prisa atroz de algo.

—¿Sí? Dime. ¿De qué?

—¿No lo adivinas?

—No.

—De comerte a besos.

Y cogió entre sus manos aquella cabecita blanca, cabecita blanca que no adivinó ni presintió nunca otras ideas que las del bien, y besó con frenesí aquellas crenchas nítidas. Y

besó las manos ya arrugaditas, manos para cocinar, para coser y para recorrer las cuentas del rosario. Y besó los ojos azules, que él había heredado, menos bonitos. Y volvió a las manos después, como una obsesión, para ir dando en las palmas besitos menudos y sonoros, mientras salmodiaba una especie de letanía bulliciosa:

—Un besito donde apoyas el cuchillo que urde mis tostadas. Otro besito en el dedito pequeño que mueve el molinillo donde haces trizas mi café. ¿Otro más? ¿Otro más? ¿Otro más?

Después la soltó, y se la quedó mirando lentamente, adorándola:

—Madre.

—¿Qué, hijo?

—Tú sí que eres buena.

Ella rió:

—¡Ca!

—Buena como el pan, como un cordero recién nacido, como el amanecer. Madre, yo te idolatro.

Pero en esto penetró María Angélica, y la

impresión deliciosa fué aún más bella y más dulce. Traía sobre la bandeja los jarritos del café y de la leche, el azucarero, la manteca, la mermelada, el pan. Todo ello ¡era tan rico y estaba tan bien hecho! El café, en su punto, espeso, excitante, aromoso. La manteca, ¡tan blanca y tan sabrosa! El pan, ¡tan perfectamente cortado y tostado! Daban ganas de zamparse hasta la bandeja, y no digamos a la camarerita.

María Angélica, precedida de una risilla, entró.

—¡Qué preciosa estás, María Angélica!—exclamó Enrique admirado—. Si no fuera tu hermano, querría ser tu novio. Tu esclavo ya soy. Eres una diosecilla.

Y así era en efecto.

Aquellos quince años florecían como una corola recién abierta. La figurita esbelta y elegante, era una figurita de inglesa tostada por el sol español, silueta de tenis y de patines, un hada cantábrica. El cabello, de áurea seda cenicienta. Los ojos azules, extensos y hondos, en los cuales reía la felicidad y goza-

ba de sí propio un casto candor de querubín. ¡La voz! ¡Qué voz la suya! ¡Qué acentiño gallego tan mimoso y tan fino, acento costanero, acento señoril, acento de rica doncella que fuer a hija de un Rey leonés, de un Ordoño o de un Mauregato! Había una tal musicalidad en aquel acento, que todas sus frases eran distintas, sonaban a diverso, con deliciosa complejidad de orquesta alada. María Angélica llevaba puesto un vestido blanco, y sobre su cintura desfallecía un crisantemo manchado de rojo.

¡Qué buena era también María Angélica! Enrique la escrutó devotamente. Parecía increíble la sana delicia de aquel manso espíritu. Siendo la señorita más bella de su ciudad, aquella por la cual suspiraban todos los tenientes y todos los muchachones rubiotes y fornidos del pueblo, deportistas educados en Inglaterra, carecía de vanidad y hasta de coquetería. Era, en su belleza, como una deidad inconsciente. Ni afición tenía a los trapos, y menos a las joyas. Las joyas ejercían sobre ella una sensación de maleficio y de disgusto.

Para lograr Enrique hacerle aceptar un abriguito de seda que le trajo de Madrid y un imperdible con dos perlitas y un zafiro, hubo de reñir con ella desigual batalla. Detestaba con aversión sencilla toda cosa de lujo. Si ella lo hubiera razonado habría dicho que el lujo es de rameras encapirotadas o de señoras crepusculares, artificio para tapar con un destello el vicio, y con un chafarrinón la arruga. Habría hecho el gesto de rubor que podría hacer un serafín si algún blasfemo quisiera poner sobre la maravilla de su figura inmaterial la plebeya grosería de una alhaja.

Madre y hermana. Las estuvo contemplando, y sin quererlo tornó a ir hasta Madrid, con la fantasía. Y vió a las dos Magdalenas, y el contraste le puso un poco triste.

Luego, mientras desayunaba, María Angélica tomó asiento en una sillita, y se puso a charlar. La madre se había retirado a sus quehaceres: disponer el almuerzo, regatear con la pescadera que traía aquellas sardinas tan amadas por el glotonazo, evitar que el gato forastero se zampase las chuletas, dar

unas vueltas por la sala. María Angélica se puso a charlar. Enrique se estaba convirtiendo en un buen mozo. ¡Vaya si le sentaba bien La Coruña! Como que era un ingratón. Debía quedarse un mes siquiera. Irían al Parque del Casino, ¡y bailarían tanto...! Ella le tenía preparada una novia lindísima. Se llamaba Beatriz. Su padre era inglés. Tenía una naricilla larga, muy graciosa, y hablaba el español con un acento raro y encantador.

—Anda, dime, ¿tienes novia en Madrid?— preguntó María Angélica, de pronto.

Enrique se ruborizó un poco. ¡Era el amor suyo tan extraño y tan inconfesable! ¿Cómo podrían ser manchadas aquellas orejitas de raso con una confesión de tal jaez? ¡Amores! Era una señorita caída en mitad del vicio y a la cual él estaba salvando de la riada con la energía de un esfuerzo tolstosiano. Amores, y no amores novieros, sino amores carnales, con la huérfana de un magistrado ilustre, que fué en La Coruña, hacía años, presidente de la Audiencia. Amores violentos y complejos, amores puros y manchados a la vez, un amor

de Madrid, y no uno de esos amores dulces y honestos que podría comprender María Angélica.

—No tengo novia, no.

—Yo había oído que sí. Me hablaron de Magda Girón.

—¿Magda Girón?—preguntó Enrique, estupefacto.

—Sí—respondió sonriendo María Angélica—. ¿Sabes quién me lo dijo? Sergio Conde. Tú no lo conocerás. Estuvo en Madrid estudiando, y te ha visto con Magda.

—Pero, ¿tú la recuerdas?

—Muy de lejos. Haciendo memoria, caí en quién era. Debe tener un año más que yo. Hemos jugado juntas en el Relleno. Es hija de un magistrado catalán que estuvo aquí hace años. Recuerdo que tenía un pelo muy negro. Era alborotadora y mala como el diablo.

Enrique se atrevió, asustado, a preguntar:

—¿Y qué te ha dicho Sergio Conde?

—Nada. Apenas dos palabras únicamente. Que te había visto con ella.

El hermano, ya tranquilo, dió una fumada a su cigarrillo habano, y desdeñó:

—Sí... La conozco... ¡Bah...! Una chiquilicuatra.

Ella se lo quedó estudiando, analizando, penetrando. Y después:

—Mira, Enrique; tú debías casarte aquí, en La Coruña, con Beatriz. Aquellas de allá... A mí, ¿te ríes?, me dan miedo.

Pero María Angélica se incorporó de pronto, como herida por una idea:

—¡Qué tonta soy! Tienes una carta.

—¿Si? Dámela entonces.

Y mientras la hermanita corría hacia el fondo del hogar para buscar la epístola aquélla, que había olvidado, Enrique se quedó pensativo, como fulminado por un presentimiento espantoso. Era la corazonada que no engaña nunca, ese barrunto que precede al dolor, esa angustia indefinible que anuncia al infortunio.

¡Una carta! Sólo podía ser de Hermida. Nadie más conocía su refugio veraniego. Y Hermida ¿para qué iba a escribirle? Sólo algún

fracaso económico, grande, inmenso, o algo relacionado con Magda.

Sí, sí. Era cosa de Magda.

Enrique se clavó las uñas en sus manos. Parecía haberlo adivinado todo. Todo, todo. La infidelidad. Aquella bestezuela, que tan adentro de su alma se le había metido, cayó nuevamente, se ensució, se emporcó nuevamente. Su obra de redención no había podido resistir a una ausencia breve. La vió, con su melena rizada, con su boca de labios gorditos y mojados, en brazos de otro hombre. La vió desnuda, sólo con medias y zapatos, ir y venir por la estancia, el andar listo y juvenil, la carcajada pronta. Vió todo lo que ella tenía de atractiva, de imantadora, de inevitable.

Y vió algo más. Vió rota una ilusión de su vida. El hechizo de salvar a una mujer, a una niña aún, que corría hasta precipitarse en la abyección, con un hospital por esperanza, y que no era una rameruela zafia, sino la hija de un hombre que había sido intérprete de la justicia y que había jugado de niña con María Angélica...

¿Sería posible tanta infamia, o mejor dicho, tanta imbecilidad, tanta bárbara predestinación hacia el horror? ¿Era el destino de los seres tan inexorable que ninguna voluntad podía torcerlo? ¿Habría nacido en buena cuna aquella criatura para corromperse en las mancebías y pudrirse en un asilo? Él le había dado cariño, dinero. Le pasaba una cantidad màs abundante que la precisa, y le saciaba todos sus antojos, y le daba diariamente monedillas de plata para sus caprichos y frivolidades. Era un hartazgo al que la tenía sometida. Sumas enormes, no, pero sí el lujo. Por codicia no había sido. Entonces, ¿por chulería tal vez? ¿Un rufián...?

Enrique sintió volver a su hermana, y detuvo la vorágine del pensamiento, que enloquecía.

—Toma—dijo María Angélica—. La carta y el periódico.

Echó ambos papeles sobre la cama, y para no molestar al primogénito, salió con sus pasitos menudos.

Entonces fué un guruño el sobre, y el plie-

go una banderola que ondula al viento huracanado, bajo su pulsación febril. La carta estaba escrita a máquina, y era de Hermida, en efecto. Dos carillas. Nada, nada... Negocios, dinero, tonterías... Pero... Sí, sí. Abajo estaba la herida tremenda, como una traición a distancia. "Respecto a Magda le daré, cuan do regrese, noticias muy curiosas." Nada más. La firma "Paco". ¡Paco! ¡Qué feo y qué terrible le pareció aquel nombre familiar! ¡Paco! Era un tiro.

Enrique Arolas se quedó como sumido en su dolor durante breve rato. Le pareció que se había acabado el mundo, que todo era hueco, inútil, absurdo. Su imaginación rápida, trató de consolarse, yendo y viniendo, voltejeando como una funámbula que se hubiera vuelto demente. Después de todo, ¿qué era Magda sino una buscona? No siendo su esposa, ni siquiera su barragana oficial, ni viviendo con ella, ¿en qué le afectaba aquello? Aventuras de señoritos y daifas, vida, realidad... ¡Mejor! Aquello era muy caro, muy doloroso. Conocida por Enrique en una casa tachada,

¿qué diferencia había entre ella y las otras? ¿Que tuvo un padre ilustre? ¿Que su cabello era rizado, y que sabía besar muy bien? ¡Bah, bah! Se estaba colando mucho. Hasta llegaron a hablar de hijos, y a esperarlos. ¡Y siempre la amargura del pasado inmundo, y la posibilidad dilacerante de una vuelta a la abyección...!

Bien. No valía la pena. Amor que cedía tan pronto, ¿era doloroso perderlo? Tenía suerte, mucha suerte. Al diablo aquella busconcilla de cien duros, que explotaba un apellido señoril entre sátiros vanidosos, entre ricos nuevos que podían entregar un billete grande a cambio de una pobre nueva.

Se deslizó de la cama, y se vistió con alegría. Besó a su madre y a su hermana, y salió a la calle. Eran las once. Hasta las doce no tomaría su baño de playa. ¿Qué hacer? Deambulando se halló en el Cantón. Cerca, teléfonos. Se acercó a un pupitre, y escribió: «Madrid. Hermida. Atocha, 6.» Después interrogó en la taquilla y volvió a escribir: «Acuda conferencia cinco tarde. Arolas.» Pagó y salió de nuevo a la calle. Al pasar junto al

escaparate de una tienda se miró al espejo. Era alto, musculoso, de larga nariz ibérica, de fuertes mandíbulas, de aspecto elegante. Estaba tostado por el aire del mar. Su gabán inglés le daba una silueta enérgica y bien plantada. Llevaba juvenilmente sus treinta años llenos de pujanza y de éxito. Siguió paseando, errabundo. Fué a Riazor. Al salir del agua, vigoroso y elástico, y ya en la peluquería donde lo afeitaron y pulieron, se creyó redimido. Había sido un soñador, un romántico, un majadero. Le había interesado Magda por su vida inaudita y atrayente. Eso era todo. Quiso ser su Mesías. Y no. La fatalidad era superior a los pequeños designios humanos. Se atusó el bigote. Almorzó con los suyos, alegre, diciendo dicharachos. Tomó café y licor en el Relleno. Charló con algunos amigos de la niñez. A las cuatro y media llegó a teléfonos. Estaba sereno, risueño por dentro de su espíritu, más bien gozoso de aquella aventura. Pero cuando sintió el timbrazo que venía de Madrid, cuando acudió a la cabina para saber la verdad entera y desnuda, notó que le flo-

jeaban las piernas; que algo tiraba hacía arriba de sus entrañas; que el abyecto espectáculo de la vida no le había insensibilizado del todo; que se puede llorar por una hembra mala, y que se pueden manchar las viriles manos de un hombre con la sangre de una prostituta.

—¿Madrid?—interrogó el bedel—. ¿Madrid?

Y luego, rápido, invitando a Enrique:

—Pase usted, caballero.

Cerraron la puerta. Y el teléfono, a setecientos kilómetros de distancia, trajo con palabras concisas aquella noticia mostruosa.

JORNADA SEGUNDA

DURANTE la espera, que es inevitablemente puntual en todos los teléfonos del mundo, Enrique Arolas había revivido a Magda. La revivió mientras iban pasando los minutos en aquel vestíbulo lleno de gentes abigarradas, cada una de las cuales venía con su negocio álgido o con su desgracia súbita, para confesarse en la enguatada cabina.

Hacía ya meses que la viera por primera vez. Su presentación no pudo ser más ramplona. Tuvo por escenario un prostíbulo y por introductor a un fauno de la clase media. Cierta tarde, en el Casino Artístico, encontró a Juárez que libaba una pócima alcohólica, invención suya. Los dos gallegos dialogaron, mezclando en sus decires palabras de región y aun de barrio nativo y plebeyo.

—¿Qué hay, bieldrero?

—¿Qué hay, bandallo?

Arolas:

—¿Cómo andas de piperetes? ¿Golosineas?

Juárez, pasándose al andaluz que se le había pegado en Madrid:

—¡Chipén! El otro día encontré a una nena... Te digo que es un portento. Una delicia. El vértigo con medias de seda y zapatitos de charol.

—Explica, hombre.

—Cáete al suelo. Diez y seis años, la pobre. Una anciana. Y un pelito rizado, y una gracia, y un no sé qué...

Juárez absorbió con su pajita un poco de aquella pócima endiablada, y guiñó sus ojos alternativamente:

—Además..., si la debes conocer...

—¿Es paisaniña?

—No. Pero casi. Agárrate. Su padre ha sido presidente de Audiencia. Estuvo en La Coruña. Murió en El Ferrol. Toda una historia, chico.

Enrique no hizo sino reir. ¡Pobre Juárez querido! ¡Menudo camelo le habían soltado al

pobrete! La hija, tobillera, de un magistrado, traficando por dinero en una casa de lenocinio.

—¿Y cuánto te han pillado en la aventura?—interrogó Arolas con la sonrisa bailando en su cara.

—Cobra cien duros. Pero... Ya sabes que soy cliente habitual. Para mí han sido trescientas pesetas. Y no te rías. Hablo en serio. Es hija del excelentísimo señor don Elías Girón, presidente de Audiencia. Lo he comprobado. Al principio tuve mis dudas, pero ya sabes que soy perro machucho y que a mí no me tima ninguna trotaconventos.

Hablaba Juárez su verbo rudo, pintoresco y bárbaro, sin el menor pudor ni respeto alguno, con la cínica insolencia de un epicúreo. Juárez lo encontraba todo racional. Las más depravadas aberraciones sexuales contaban con su disculpa. Los mayores absurdos tenían su credulidad. Si le piden diez mil pesetas, y las tiene a mano, por desnudar a una princesa monja, acude a la cita sin emoción, como a un suceso sólo importante por la suma que le han solicitado.

Arolas, a quien ya interesaba aquella historia, añadió:

—Yo no te creo. De verdad que no te creo.

—Pues vas a convencerte ahora mismo.

Atisbó en su reloj de pulsera, y como viera las siete:

—Allí debe estar—comentó—. Vamos al teléfono.

Llegaron. Juárez pidió comunicación con el 9.010, y entregándole un auricular a Enrique, se puso al habla:

—Soy yo. Juárez. ¿Emilia? ¿Emiliona?

—Sí.

La voz era mimosa con empalago, voz de tercería.

—¿Está Magda?

—Está.

—La del magistrado, ¿eh? No vayas a colocarme una magistradita ful.

—Te digo que está. La misma del otro día.

—Pues dile que no se vaya. Corro con un amigo. ¿Enterada?

—Enterada.

Dejaron los auriculares y brincaron sobre un coche. Juárez dió las señas:

—Cruz Verde, 8.

Enrique iba con cierta emoción a aquella aventura insólita. Conocía, sí, las simas en que hunde las miseria a los viciosos y quizás a los desventurados. Recordó escenas espantosas. Aquella señora casada, hija de un barón, fea y huesuda que le proporcionó una vez Elisa Montalván, y la cual, cuando se vió desnuda ante Arolas y enseñó su camisa zurcida, de mujer no habituada, prorrumpió en sollozos. Recordó cómo quiso vestirla otra vez, entre halagos, dándole antes cuarenta duros, y jurando que no la poseería, y hasta que habría de quedarse más gozoso realizada aquella acción hidalga. Recordó cómo ella, Eulalia, le habló de su marido, quien la empujaba a aquello para beber y jugar, y de sus hijitos pequeños, por los cuales inmolaba su pudor. La recordó después, enroscada a su cuello, besándole con adoración la boca, sumisa de amor repentino, porque no había querido tocarla, porque había encontrado en aquel bur-

del a un hombre de su estirpe. Fué la escena entre tétrica y sentimental, escena para sibaritas espirituales, lujuria bebida con lágrimas, hidalguías mezcladas con savia genésica, algo entre el sollozo y el alarido. Enrique no había querido repetir la andanza, pero le enviaba con frecuencia dinero a aquella desventurada mujer.

Sí. Sí. Muchas caídas tremendas había presenciado. Mas, aquélla se le antojaba excesiva. ¡Hija de un alto magistrado! ¡Diez y seis primaveras! ¡Bonita! ¡Y en un tálamo tan vil!

¿Cómo no se había casado aquella niña? ¿Cómo, en último término, no tenía un sostén misterioso, que la respetase públicamente? La hija de un hombre seguramente honrado y digno ¡quitándose la ropa ante el primer Juárez que llegase con sesenta duros! No le parecía verosímil.

Pero ya estaban en la calle de la Cruz Verde y ante el número 8. Subieron. La escalera era estrechuca y sus muros se hallaban descalichados. Catadura de mancebía neta. Hedor a bodrios porteriles. Juárez oprimió el

timbre. El comedor. Allí, Emilia Guerra, a quien Enrique había conocido de segunda con Felisa Montalván, y allí tres o cuatro señoritas de las que cobran a diez duros.

Tomaron asiento, y mientras Juárez requirió la baraja mugrienta y echó cartas para jugar al monte, interrogó:

—¿Y Magda? ¿Cómo no acude?

Emilia Guerra, que sabía dar a cada cual su trato, meneó la cabeza, como un reproche, y respondió, chita:

—Ya sabes que ésa no hace comedor.

—Entonces no hace más que alcoba. Bien. Iremos nosotros a buscarla.

Y, tirando los naipes y requiriendo a Enrique, se adentró pasillo allá, seguido por Emilia.

—Id al gabinete. Yo la traeré—gritó la tercera, viendo que aquellos dos hombres le tomaban la casa por asalto.

Obedecieron. Y, al cabo de breves minutos, llegó ella.

Sólo de una ojeada se veía que aquella niña no era la daifa habitual y temperamen-

tal, nacida en un sotabanco para morir en un asilo, después de tirar, quizá, millones. Era... señorita; había perdido, sí, el pudor infantil, la inocencia impoluta; pero conservaba cierto nimbo. Huía de alternar con las otras. No se exhibía a todos. Su precio, caro, la ponía a cierta distancia y le daba una especie de rango. Era elástica, adolescente, de una seducción absorbedora y fulmínea. Reía mucho, mucho, sin motivo, porque sí, como gorjean los pájaros. La estatura mediana, el color moreno, el pelo rizoso y endrino, vestida con cierto buen gusto.

—Aquí tienes—flageló Juárez—a la señorita Magda Girón.

Enrique tembló de horror ante aquella frase, que era como un cauterio. Pero Magda se limitó a sonreir. Parecía no haber entendido aquel soecismo, aquella manera brutal de aludir a su familia y a su clase, saboreo brutal de vicioso.

—Sí. Es preciosa—comentó Enrique—. Señorita, ¿quiere usted hacerme el honor de acercarse?

La quería ya. La adoraba ya. La tenía ya dentro de sus venas. Temió que Juárez le soltara un beso, y le asustó pensar si tendría que abofetearlo injustamente.

Ella acudió zalamera y pimpante, y se le sentó en las rodillas.

—Quiero estar a solas con usted.

—Hoy no es posible.

—¿Y eso?

—Me espera mamá.

—Que aguarde.

—¡Ca! Mamá ante todo. Se pondría furiosa.

—¿Tan mala es?

— Es buenísima. Por eso no quiero hacerla sufrir.

Arolas no insistió ya:

—Entonces, mañana.

—Sí.

—¿A qué hora?

—Cuando le convenga.

—Quiero ser el único. Temprano. ¿Las cuatro de la tarde?

—Muy bien.

—Si me promete usted no besar a Juárez le pediría un beso.

—Prometido.

—Venga.

Y aquella muñeca deliciosa hizo un gesto rápido y flexible para dar en la boca de Enrique un beso caliente. Y al roce de aquel beso supo Arolas que un beso de mujer puede ser éxtasis y locura, idolatría que se hace plástica, el más dulce placer y la más trágica emoción, luz que promete un paraíso, y, por ser de ella, de Magda, infierno de celos y de recuerdos malditos y abominables.

A la salida, Arolas procuró no hablar de Magda. Temía las dilaceraciones de Juárez, quien podría narrarle, prolijo, las caricias que había recibido de ella. En el fondo, estaba estupefacto. ¿Cómo la podría amar así, tan de improviso, y de una manera tan honda? Le inspiraba rabia su propio sentimiento, y le daban ganas de reir tantas majaderías y turbulencias de celoso improvisado.

—Soy un mentecato—pensó—. Si Juárez es capaz de besarla, creo que lo estrangulo. ¡Y

tan sin motivo! Después de todo le asistiría un derecho de antigüedad. Y, además, ¿qué es ella sino una daifilla gentil?

Al día siguiente—era un 17—Enrique llegó, puntual, a casa de Emilia.

—¿Vino la nena?

—Sí.

Allí, en el gabinete, estaba. Estaba toda ella. Desde el zapatito de charol con sus hebillas episcopales, hasta la gorrita de tela exótica, que le daba a su rostro un airecillo todavía más infantil. Cuando se quedaron solos, Enrique la requirió del talle para atraerla y besarla:

—¿Sabes, pequeña, que me has hechizado?

—¿De veras?

Rió, enseñando los dientecitos pequeños y la roja y escurridiza puntita de la lengua.

—No le creo a usted.

—¡Háblame de tú!

—Pues de tú. No te creo.

—¿ si te dijera que te deseo para mí solo?

—Eso es un absurdo.

—¿Por qué?

Ella vaciló. Enrique, que era un impulsivo, como todos los espíritus fuertes y audaces, y a quien de pronto le había brotado aquella idea como una ilusión, dijo:

—¿Y si yo te retirase de esta vida?

Magda se volvió, para mirarlo por vez primera con atención y curiosidad.

—¿Usted?; digo, ¿tú?

—Sí. Yo. No soy rico. Vivo de mi trabajo como ingeniero, haciendo obras y realizando negocios; pero tengo para vivir. Me has interesado como ninguna otra mujer. Además—¿te lo digo en secreto?—soy algo poeta. Veo en ti una cosa distinta. Me parece que si te rescatase, además de realizar un acto de admirable egoismo, consumaría una acción noble. Oye, pequeña, ¿te gusta la vida que llevas? ¿Te gusta?

Magda se puso triste, con súbito pesar evocador. ¡Qué le iba a gustar aquello! Si había cedido a Emilia Guerra, fué porque la miseria se les había clavado en la carne, a su madre y

a ella, con ahincado furor, hasta el exterminio.

—La pensión de papá—exclamó—figúrate, treinta duros mensuales. Tengo otra hermanita de nueve años, en un colegio. Al principio vendimos nuestros muebles, nuestras joyas. Yo quise trabajar en el teatro. El empresario exigió mi virginidad como pago a su contrata. Tuve un amante.

—¿Quién?

—Era militar, casado, rico. Me siguió. Me habló. Estuvo un día con mamá, convenciéndola. Nos regaló tres mil pesetas y me daba cien duros al mes.

—¿Cómo se llamaba?

—Juan. Juan Temes.

—¿Te dejó?

—Lo mataron en Africa. Vivimos otros meses aún, pasando necesidades. Llegaron a cortarnos la luz eléctrica. Recuerdo una noche espantosa que pasamos sin cenar. Llegó Emilia Guerra. Conocía mi situación por amigos nuestros que estaban al acecho y que me deseaban. Tú no sabes lo que es la miseria.

Magda se irguió, y paseó por aquel gabinete el encanto absoluto de su figurita maravillosa.

—Pero, en fin—acabó—, no te quiero poner triste.

Enrique la cogió de su falda y la atrajo:

—Yo te adoro, ¿sabes? ¿Sabes, magistradita mía, señoritita mía? Si quieres, esto se acabó. Dices que aquel hombre te daba quinientas pesetas al mes. Setecientas te ofrezco; y mi cariño, y mi ayuda, y mi tutela. Yo vigilaré por ti; yo evitaré esto, este asco, entregarse al primero que llegue, baboso de lujuria, plebeyo exigiendo quizás monstruosidades, tal vez enfermo de algún mal inmundo. No exigiré de ti sino una cosa: fidelidad. Los hombres como yo no admiten la sombra de otro hombre: fidelidad. Yo te estudiaré, yo te reeducaré. Me has de tener siempre; pero, además, ¿por qué no has de crearte una situación tuya? Las mujeres se van emancipando. El teatro, la ciencia, el arte, hasta los negocios. Ya existen funcionarias en los ministerios. Hay que rehabilitar ese apellido. Hay que renacer.

Ella oía sumisa y devota, como si escuchase

versos, ensimismada, cautiva de aquella palabra elocuente. De pronto se echó hacia atrás una crencha de pelo y preguntó:

—¿No te burlas de mí?

Enrique la arrastró hasta su varonil regazo, y, hartándola de besos y de caricias, le dijo:

—Tu serás mía; yo te salvaré. ¿Has leído a Tolstoi? Son una meretríz y un príncipe. La meretríz... Ella resucita, ¿sabes? ¡Resurrección de una mujer caída! Eso haré yo; y lo haré idolatrándote, anhelando en mi empeño el premio supremo de resucitarte, sin más delicia que hacer de ti una creación mía. Serás mi hija, mi obra espiritual y moral.

Calló.

—He luchado mucho—siguió diciendo—. Conozco todos los infortunios, todos los excesos, todas las infamias. No he perdido el sentimentalismo, ¿sabes? Ni lo quiero perder. Es mi tesoro interior, es mi goce exquisito. Yo, peleador, andariego, sumiso a todos los errores y a todos los pecados, quiero morir sin haber hecho daño, habiendo realizado todo el bien posible. Quiero la vida, amo la vida. Mi

corazón sabe comprenderlo y perdonarlo todo. Y a ti, alma mía pequeña, nenica sin suerte, pedacito de mujer infortunada, te adoro.

La alcoba estaba allí, inmediata. Cuando ellos tornaron de nuevo al gabinete, parecían quererse más. Más aún, después de aquellas nupcias clandestinas, a las que habían llegado, de tumbo en tumbo, por un azar de la fortuna ciega.

Antes de despedirse urdieron su plan. Nada le dirían a Emilia Guerra. Si lo supiera, se pondría furiosa. Magda era el atractivo de su casa y la esclava que más dinero le traía. No volvería Magda al antro aquel. Cuando Emilia insistiese, Magda le opondría estorbos: la presencia en Madrid de algún pariente, cualquier cosa.

—Ahora—dijo Enrique—llamaré a Emilia y le pagaré. Toma cuarenta duros para ti, secretos... Yo la daré a ella sesenta, de los cuales debe entregarte treinta. Saldré primero, y te esperaré frente a la Universidad, en un coche.

¿Irás a casa? ¿Con tu madre? ¿Le parecerá a ella bien esto? Yo supongo que sí.

Magda afirmó:

- ¡Claro! ¡Por Dios! ¿Qué le va a parecer? ¡Si es mi alegría!

—¿Convenidos, pues?

—Convenidos.

Arolas entonces gritó:

—¡Emilia!

Llegó ella, astuta, sonriente.

—¿Qué, le ha gustado la pequeña?

Enrique afectó la indiferencia de un fauno satisfecho:

—No está nada mal. Toma; sesenta duros. Ya volveré. Adiós, Magdita.

Salió, cogió bastón y sombrero, recorrió la calle con pasos ágiles, alquiló un coche y esperó breve rato. A poco llegó ella, furtiva, más bonita en la calle aún, radiante de gozosa, y se encaramó al cochezuelo.

—¿Dónde vives?

—Montera, 14.

El alquilón rebrincó por el empedrado durante unos minutos. Charlaban. Ella era una

ráfaga. Era una ráfaga de juventud y de risa.

—¡Cuánto siento—dijo Enrique de pronto— no dedicarte la tarde, la noche! Pero mañana te llevaré a los toros. Tengo localidades con Hermida, mi socio, como hermano. Iremos los tres. Te iré a buscar en coche a las cuatro. Montera, 14, ¿no?

Y luego:

—Tú nos verás desde el balcón, y bajarás. ¿Estamos? ¿Me quieres?

Ella sólo respondió:

—¡Que si te quiero!

Arribaron. La casa era fea, anticuada y modesta. Enrique, antes de que ella se fuera, le besó una mano, una de aquellas manecitas juguetonas y niñas que llevaban, por todo llevar, una sortija de alambre dorado y una perla de cera.

Cuando Arolas llegó a su oficina, una oficina de negocios, montada a lo yanqui, con sus muebles sencillos y cómodos, Hermida le esperaba impaciente.

—Tiene usted cara de estar contento—le dijo.

—Sí.

—¿Y eso, Enrique?

—Acabo de estar con la mujer más bonita del mundo. Mañana iremos los tres a los toros. Se llama Magda Girón. Es hija de un magistrado que fué presidente de Audiencia. Diez y seis años, rizadita, un torbellino. La he conocido en casa de Emilia Guerra. Nos queremos. La he retirado. Setecientas pesetas al mes.

Hermida se quedó como helado, absorto:

—Eso es una barbaridad.

Pero Enrique no le hizo caso. Se quitó la chaqueta, y en mangas de camisa, como un norteamericano, se puso a trabajar en su mesa. Hizo pausa. Después, alzando el rostro y sonriendo:

—¿Llegó carta de Barcelona? Conque una barbaridad, ¿eh? Usted no comprende a Tolstoi. Usted es un negociante. Para usted sólo hay esto: lucha.

Tamborileó con sus dedos en la mesa, y volvió al trabajo.

JORNADA TERCERA

La primera fase de aquellos amoríos fueron de placer nunca saciado, un placer hambriento y sediento, un espasmo de atracción sexual. Era Magda para Enrique la mujer de la delicia insospechada, de la genesidad morbosa. Aquella misma diferencia de edades parecía atraerles con mayor ahinco. Se deseaban a toda hora, en todo lugar. No podían vivir sino abrazados, estrujados el uno contra el otro, como ardidos en una hoguera de pasión infatigable. No podían verse sin besarse. No podían besarse sin morderse. No podían morderse sin entregarse el uno al otro con frenesí, con demencia, hasta desfallecer en una postrera caricia extinguidora.

La segunda vez en que estuvieron juntos, ya en casa de otra celestina, fué cuando Enrique pudo gozar toda la maravilla de aquella cria-

tura deliciosa. Fué después de ver la corrida Dejaron a Hermida en un coche y alquilaron un automóvil para llegar más pronto. Ella iba mejor ataviada aún, de seda, con unas medias finísimas, y un sombrero elegante. Estaba verdaderamente preciosa. Enrique sentíase envidiado por los machos. Y esto le daba a su enamoramiento un mayor incentivo marchoso de orgullo viril.

El día anterior, Enrique, enloquecido, ebrio de pasión sentimental y de elocuencia, casi no se había fijado. Fué un acto de cópula primitiva, de soldado bestial y desnudo. Ahora, no. Ahora Grecia y Roma parecían vendimiar los racimos de sus emparrados clásicos, mientras Afrodita alzaba la cortina de aquel otro gabinete más rico, más joyante, para asomarse ducha, y sonreir benévola.

Magda se fué desnudando ante el espejo con la gracia perversa de una colegiala viciosa. El sombrero. El corpiño. La falda. Quedó en enaguas, mostrando la firmeza de sus piernas duras, el contorno todavía virginal de las caderas incipientes, la rosada belleza del es-

cote. Su ropa interior era toda ella de seda, de finísima seda exquisita al tacto. Se quitó el pantalón francés. La camisa. Quedó con zapatos y medias, y el sostenedor de sus pechos.

—¡Qué preciosa eres toda tú!—dijo Enrique absorto.

Y lo era. No usaba corsé. Sus diez y seis años, ¿para qué precisaban aquello? La carne carecía de huellas, de manchas. Su piel, morena mate, era tersa y tensa, sin una incorrección, atractiva como una dura pulpa madura y sabrosa. Bellas las piernas de movimientos sueltos y finos; bello el vientre ingenuo; armónicos sus brazos que se le podían colocar a la Venus de Milo, fornidos y matroniles, de una gracia robusta y marmórea; bella la espalda y bellos los hombros redonditos y carnosos; bella la carita de española goyesca; bellas aquellas crenchas de pelo negro, rizado, pelo de gitana, fino, bien lavado, suave al tacto, y acariciador.

—¡Qué bonita eres!

—¿De veras te gusto?

Y se puso triste. Y luego confesó débilmente:

—Tengo una cosa fea.

—¿Cuál?

—El pecho.

—¿Es posible?

—Lo tengo grande, ¿sabes? Y cuando estuvo de moda llevar el pecho disimulado, me lo estrujé tanto que se me cayó. Verás.

Quitóse el sostenedor de seda, y sí, aparecieron dos senos abundosos y un poco flácidos, como senos de hembra que lactó cachorros y que se hicieron débiles...

Era la maca de aquella mujer. Pero ¿qué mujer es perfecta de forma? Los escultores tienen que urdir sus desnudos a trozos: de una, el pie; de otra, el muslo suntuoso y mórbido; de otra, la fina delicia del pubis; de otra, el ánfora de sus caderas virginales; de otra, la barbilla; de otra, el encanto sereno de la frente. No existía mujer perfecta. Bien lo sabía Enrique. Bien sabía el desencanto de las grandes cocotas, bonitas en la sala de juego, y luego, en la alcoba, mostrando el cinismo de sus gor-

duras desfondadas... ¡Bah! ¿Qué importaba aquel detalle?

Aun así, con aquella pequeña fealdad, era la mujer más bonita que había conocido. Y eso que Enrique Arolas tenía por axioma pagar tres cosas caras: la mujer, el baño y el médico.

Tendida en la cama, con la misma postura, sin estudio, de la maja que Goya inmortalizó, estaba más deliciosa todavía. Los senos quedaban en su posición natural, y aquella insignificante inarmonía perdíase. Como el gato, caía siempre bien. Cualquiera de sus posturas era plástica. Plástica cuando al ir a tirarse sobre el lecho con la retozonería de una niña, se quedaba suspensa, pensando que olvidó algo, y su figura quedaba un momento vacilante. Plástica al agacharse para calzarse mejor un zapato. Plástica al ir hacia el gabinetito, recoger una chuchería cualquiera, y retornar riendo, con andares marciales, como chiquillo que sigue al regimiento, canturreando un chinchin. Plástica siempre.

—Hazme caricias, Magda. Hazme caricias que me hagan morir.

Y ella, impúdica, en actitudes insólitas, actitudes de pesadilla voluptuosa, felina, lo acariciaba hasta enervarlo.

—Te adoro. Me sumes en el placer más intenso. Me abismas. Me ciegas.

—Yo quiero que goces como no hayas gozado con ninguna mujer.

—Con ninguna mujer he gozado como gozo contigo. Tú me asesinarás de amor.

Al recordar aquello, que evocaba Enrique con dislaceración horrorizada, y al pensar que se había ido para siempre, sintió cómo se sublevaba, rebelde, su carne, y cómo su masculinidad se erguía en celos. No. Cada hombre encuentra dos mujeres en la vida. Sólo dos. La que ha de llenar su espíritu de calma y la que ha de estremecer sus nervios de placer. No hay más que una de cada especie. La halló y la perdió. ¡La perdió! Desde aquel día ¿qué interés material podría encontrar en los más pingües burdeles? La prostituta. El espanto de la prostituta yerta. Su animalidad cansada. Ni en la aventura con hembras disolutas. Jamás retornaría el placer fisiológico. Su sexo

estaba perdido. Igual—si no fuera pensando con orgullo viril—le daría ser eunuco. Hay hombres que pasan por la vida sin saber de la plenitud genésica, sin saciarla, sin adivinarla quizás. No encontraron a su predestinada. Acaso se vieron, cambiaron las miradas en un cruce, se adoraron un segundo, pero los trenes siguieron cada cual su ruta diversa, y él y ella pensaron siempre:

—Fué aquél.

—Era aquélla.

Y murieron sin haberse colmado.

Se amaron en el campo, en plena sierra, donde fueron a pasar días intensos, y donde—ella estaba tan infantilizada con su traje blanco—los tomaron por hija y padre. Se amaron en el tren. Se amaron en hoteles, en restaurantes, en coches. Pero aquella pasión tuvo una fase todavía más encantadora.

Fué al mes de conocerse. Ella apareció un día algo pesarosa:

—¿Qué te ocurre, "Escarola" sentimental?

Enrique le daba nombres diversos, apodos estrambóticos, diminutvos íntimos, absurdos unos, graciosos otros. "Escarola", por lo rizada. Y "Pequeñardez", "Gerineldo", "Pipirigallo". Y mil tonterías más.

—¿Qué te pasa, "Escarola"?

—Una cosa muy seria.

—Dime.

—Que estamos a catorce y que...

Se detuvo:

—Yo te conocí el diez y siete. Acababa de estar... ¿Me comprendes? El trece debí... ¿Caes?

Pero Enrique, lejos de sentirse preocupado como ella, se puso muy contento. ¿Un hijo? Pues ahí era nada. Perpetuarse. Saber que la propia estirpe, provinente del primer hombre, no quedaría extinta al fenecer uno. Verse reproducido. No morir. Y si el chico no había de ser legítimo, que fuera morganático. Después de todo, el bolchevismo andaba rondando a Europa. Lo infame era hacer una barbaridad. Eso, nunca. Eso era parricidio, incluso perpe-

trado en seguida, cuando el gérmen no vivía aún casi ni vida intrauterina siquiera. Eso, jamás. Eso era monstruoso. Depravación, alevosía, cobardía, abismo insondable de aberración hedionda.

—Te advierto—dijo—que ojalá.

—¿Es posible? Yo supuse que no te gustaría.

—Pues me encanta. Oyelo. Te querré más. Me uniré más a ti. Será ya idolatría, fanatismo, este amor.

Al día siguiente Enrique preguntó, curioso, por aquello.

—Nada, chico.

Al otro ya concibió esperanzas. Llegó el 17. ¡Ya un mes de idilio! Le regaló a Magda una sortijita, como si fuera su prometida nupcial. Hizo mil proyectos. Los padrinos serían doña Magdalena y Hermida. Si era niño se llamaría Elías como el difunto magistrado, nombre horrible que impuso la madrina a viva fuerza. Pero si era niña se llamaría Eloisa, como la madre de Enrique. Eloisita. Iba a ser preciosa. ¿Le pondrían ama? ¿Sería mejor el biberón?

—¡Ca!—vociferaba Magda—. Lo criaré yo. ¡Pues no faltaba más!

Y cogía unos trapos, y haciendo con ellos un muñeco, se ponía a pasearlo, diciéndole ternezas.

Fueron unos días álgidos. Cuando Enrique no estaba junto a ella, se pasaba la vida interrogando por teléfono:

—¿Hay esperanza?

—Sí.

Una tarde, empero, llegó Enrique a la calle de la Montera, y subió al piso cuarto, donde ellas habitaban. Abrió Magda, triste, pálida, ojerosa. Arolas tembló:

—¿Qué?

—Esta mañana... Después de telefonear contigo.

Enrique tiró su sombrero al suelo, y lo pateó con furia:

—¡Maldita sea mi suerte! ¡Maldita sea!

Ella se puso alerta, consternada. ¿Se desilusionaría Enrique?

—Te advierto—dijo ambigua—que hay esperanza aún. Mamá te dirá.

Doña Magdalena narró una compleja historia. Hácia las doce notó Magda deshecha su ilusión, y lloró tanto que la madre, para salir de dudas, estuvo con ella en casa de una comadrona. Era antigua amiga, de plena confianza. La miró. Estaba embarazada. Lo delataba incluso aquel período retrasado y exiguo, decolorado y no doloroso. Sí. Sí. Había esperanza. Casi realidad.

Enrique, vuelto a su ensoñación venturosa, interrogó:

—¿Y quién es esa mujer?

Doña Magdalena titubeó un instante:

—Pascuala Sierra.

—¿Dónde vive?

Hubo otra vacilación:

—Colmenares, 6. Pero ya no está en Madrid. Se iba esta misma tarde a Miraflores para asistir a la condesa del Pazo. Ya sabe usted, mi prima la condesa del Pazo.

Arolas sentíase inquieto. ¿Era todo aquello verdad, o era una patraña? Se despidió con un fútil pretexto, y se hizo conducir a casa de la comadrona. Mas, cuál no sería su asombro

cuando le dijo una gruñona portera que allí no vivía ninguna doña Pascuala. Ni allí, ni en casa alguna de la calle.

Regresó junto a Magda, colérico, y hubo una escena de llanto, de enfados. Doña Magdalena, lívida, su lunar espeluznado, y hasta rencorosa, juró que ella decía siempre la verdad. Pascuala Sierra vivía allí, pero como era la entretenida del casero, la negaban a los extraños. Cuando regresara de Miraflores, ya vería. Una excelentísima señora magistrada no incurría jamás en embustes.

Enrique salió aquella tarde de allí un poco frustrado. Frustrado en sus ilusiones prolíficas, y en la confianza que Magda le había inspirado. Especialmente la madre. Aquella mujer era un caso patológico. Y la odió.

La odió, súbitamente, con rencor africano, hasta la execración, deseándole el más duro castigo de la Providencia. Toda la maldad infame de aquel vestiglo se le retrató en el alma como una fotografía. Ella era la culpable de todo. Ella había vendido a Magda cuando Magda tuvo catorce años. En la pequeña, su

caída tenía disculpa. Niñez, mal ejemplo, absoluta inconsciencia de la vida. Pero ¡aquel monstruo! ¿La miseria? ¿Qué atenuante era ése? Con treinta duros se tienen una guardilla y un cacho de pan. Y, señora, métase usted a rodrigona, a cocinera, a meretriz. Pero usted... Conserve a su nena como un tesoro. Usted, que es su madre, su mentor, usted misma regateando con un hombre el precio de la virginidad, ajustando la mesada, dialogando con Emilia Guerra. Y eso usted que ha compartido el tálamo con un caballero, que ha vivido un ambiente culto...

Tuvo que taparse los ojos para no ver la imagen de aquella cincuentona hepática, de color verdoso, que tenía voraz mirada de sierpe.

Sondeó en aquella psicología bárbara. Era el dinero, sólo el dinero, su incentivo. Tener monedas, llevarlas en su negro bolsón, gastarlas, ir en coche, nutrirse bien. Ahora caía en las gorronerías de doña Magdalena, pegándose siempre que se hablaba de cenar por ahí, con champaña. Ahora la veía tal como era. ¡Uf! ¡Puach!

Y lejos de sentirse apartado de Magda, la quiso más. La vió desvalida, empequeñecida y abúlica, bajo aquella zarpa. ¡Con qué placer habría sustituído en su tutela al monstruo! Separadas, viviría con Magda. Y llegaría, en su especie de adopción, a no tocarla, a tenerla como a hija suya, a dormir en alcobas distantes, gozoso por verla despervertirse, hasta que llegase a ser una damisela rediviva y sana.

—Eso es grave—observó Hermida cuando Arolas le puso en antecedentes—. Le quieren embaucar a usted. Que si hijitos, que si comadronas... Esto me huele a chamusquina.

Pero como advirtiera enojado a Enrique, rectificó sagaz:

—Claro que, en definitiva, ellas lo hacen temerosas de perderle a usted. Constituye una prueba más de afecto. La chica es buena.

—Sí. Ella no mintió. Fué la madre.

—¡Si pudiera usted desunirlas!

—Imposible. Magda la quiere ciegamente. Es el suyo un amor filial tremendo. No se atreve siquiera a mentir diciéndome que me quiere más que a ella. Dice que nos quiere

igual, que son dos amores diversos y compatibles. Antes de dejarla, me dejaría. Estoy seguro.

Arolas hizo una pausa, y como si tratara un caso clínico, pensó alto:

—No me queda otro recurso que llenar a esa vieja de dinero.

Y desde aquel día fué un torrente de monedas las que pasaron del novio a la madre por conducto de Magda. Todos los días cenas y almuerzos en restaurantes caros, y coches y automóviles, y meriendas—doña Magdalena se pirraba por los cangrejos—, y chucherías, y medias, y zapatos, y sombreros, y un relojito de oro, y veinte duros a las tres de la tarde, y cinco a las seis, y quince a las doce.

Arolas quería ver saciada siempre a la pantera. Que no tuviese siquiera tiempo para idear una apetencia. Atesorar calderilla a sus pies, barrerla hacia ella, que le llegase a las rodillas el montón, y a la cintura, y a los ojos, y a ver si perecía enterrada en cuartos, olfateando el metal que era su concupiscencia, y que excitaba su gula. Porque no era mujer

para el oro, ni aun para la plata. Más inteligente, vería en Arolas la definitiva salvación, y no querría estrujarlo. Alta de pensamiento aunque baja de conciencia, asistiría a aquel amor con júbilo de negocianta. Enrique no era pobre. Sería acaso rico más adelante. Trabajaba. Sus ojos eran de luchador victorioso· Aquel ingeniero atrevido era un cheque avalado, un seguro de vida, un firme asunto. ¡Ah! pero ella quería calderilla, mucha calderilla, y a cada hora, atracarse de rodajas cochinas y sucias, untadas por los sudores plebeyos.

Cuando Hermida se dió cuenta de que aquello iba tomando mal cariz, hizo un alto. No podía, fraternalmente, consentir que a su amigo y consocio se lo tragara una dama enferma del hígado y con un lunar peludo en la mejilla.

—Usted—dijo—se está colando mucho. Se habla de hijos, de vínculos hondos. ¿No le parece a usted prudente reflexionar?

—¿Quiere usted decir...?

—Que si Magda es de fiar en absoluto, bien. Pero...

Enrique se detuvo, inteligente, y su perspicacia adivinó, cauto.

—Sí... Dice usted que la pongamos a prueba. Me parece muy bien. Será una aventura curiosa y definirá esta situación.

Sí. Sí. Había que hacer algo. Aquello, que empezó de una manera vulgar, había devenido en pasión acendrada. Todo se podía tolerar, menos que Magda, sugerida por su madre... En definitiva, ¿dónde la había conocido? Si fuera para pasar el rato, por unos días o unos meses, ¿qué más daba? La fidelidad de una prostituta es casi ofensiva. Convierte al hombre en chulo. La ramera es cosa que se alquila por etapas, y que tiene, a lo sumo, el mismo aprecio que la mesa del hotel y que el retrete común a los viajeros. Cosas útiles y a veces confortables. Pero aquello se enzarzaba. Y antes de proseguir laberinto adentro, sí, resultaba precisa una prueba, que no era para Magda, sino para la otra. ¡La otra!

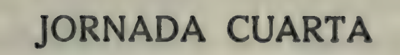
Sí. Había que hacerlo. Arolas, en el fondo,

sentía el futuro placer de la plena ratificación en su confianza y en su cariño. Y luego ¡aparecía tan necesario aquel embeleco!

Lo que sería bellaco realizar en la esposa—la duda es ya un crimen—puede intentarse en la concubina, de feos antecedentes, si el amante no trata sólo de pasar unos días amables, sino de afincar una especie de coyunda clandestina, peligrosa y larga.

Después, ¡aquella madre! Sí. Era feo, raro, molesto, pero... higiénico. No encontró Enrique vocablo mejor para calificar aquel paso un poco sainetil.

Cedió. Y concertaron un plan que pusieron en ejecución al siguiente día, y en el que Arolas, ingeniero, puso el orgullo que experimentaría sometiendo a una inevitable prueba de resistencia su obra constructiva mejor y más amorosamente realizada.



JORNADA CUARTA

Yo tengo al hombre—había dicho Hermida.

El hombre se llamaba Irastorza, era agente de policía, poseía maña, y el traje nuevo siempre empeñado. Andaluz y tronera, se pasaba la vida "dando micos" a las meretrices. Pintiparado estaba el individuo para tal asunto. Porque, de buena familia venida a menos, tenía el airecillo señoril y las mejores trazas. Su terno desempeñado y su real para lustrarse las botas, sería un señorito rico y marchoso, capaz de engatusar a la propia emperatriz de las trotaconventos.

Hablaron con Irastorza en un café. Le dieron veinte duros para que interrumpiera el veraneo de sus gabardinas y sacase del colapso agosteño su reloj de plata. Ya percatado, Irastorza repitió su papel en el sainete:

—Yo—dijo—soy un chico sevillano que tiene pasta. He visto en los casinos jugantes a Magda Girón, y estoy por ella que sufro vértigos. Me voy a Pilar Santafé, la bribona de mayor postín, y le digo que no reparo en billetes. Pilar visita a doña Magdalena. Y una de dos... Si acepta y acude la chica, ya está. Se ha librado usted, Arolas, de un escorpión, y yo he quedado como un ángel. Si rechaza...

Realmente el plan era perfecto. Debía ser la tentadora una embaucadora desconocida. ¿Cómo iba a ser Emilia Guerra, por ejemplo, y en la alcoba misma donde se conocieron Enrique y Magda? Hasta por estética. Un asomo de honor bastaría para hacer retroceder a la más depravada. Y tenían que hacerse rebrillar monedas grandes y sonantes.

Enrique asistía a aquello con una pena recóndita y un disgusto inconfesado. Era como una operación quirúrgica de orden moral. Dolorosa, angustiosa, pero necesaria. Si estaba entre dos sapos, había que huir, que salvarse. De la madre sabía, sí, que lo era. De Magda no pensaba lo mismo. Tenía la eviden-

cia de que Irastorza fracasaría en absoluto. Y entonces, libre ya de enojosas inquietudes, se entregaría entero a aquel amor tan espiritual, y al propio tiempo tan de su carne, tan de su médula, tan hondo en su vida.

Al día siguiente era Irastorza un cromo. Guapo y simpático, y con sus prendas muy olientes a naftalina, daba la impresión del señorito dadivoso capaz de arruinar a dos tíos solterones y a una abuela beata, entre sotas de la baraja y del escenario.

—Aún no hice nada—dijo—. Como no sea equiparme. ¿Eh? ¿No estoy para que me coman? Por la tarde visitaré a doña Pilar.

Hizo una pausa, y enseñó unos billetes palaciales:

—Son falsos. Los he cogido en la comisaría. Dan el pego. En cuanto los atisbe la Santafé, parte veloz en busca del negocio.

Horas después, acudía Irastorza, radiante:

—¿Qué tal?

—Vamos yendo. Al principio no puso doña Pilar buena cara. Las alcahuetas le temen a esto. ¡Hay cada escenita! Hubo marido

que pidió a su mujer allí. Y cuando la tuvo encerrada... Me preguntó si yo sería el esposo legítimo de esa gacela. Pero, ¿y mi labia?, ¿y los pápiros? En cuanto entrevió los de a mil, se le nubló la vista. Bueno; en resolución. Esta tarde, a las siete, irá. Ya le dije. Montera, 14. Doña Magdalena García Cal, de Girón. El vértigo.

A las nueve se vieron otra vez. Enrique disimulaba su angustia, fumando nervioso.

—¿Hay algo?

—Me parece que perdemos el tiempo. Doña Pilar estuvo allí como una flecha. Pero no la han recibido.

—Habrían salido tal vez...—dijo Hermida.

—No. Yo me he paseado por allí, como un lobo. Estaban. Vi a la chica en el balcón. Por cierto que doña Pilar iba como para tentar a doña Virtudes Sacristán, viuda de don Casto Bondadoso. Coche de ambos corceles, libreas. Si me visitan a mí en esa forma, claudico.

—¿Y ya tiene abandonado el asunto la Santafé?—preguntó Hermida.

—No. Insistirá mañana. De modo que mañana, a las nueve de la noche, volveremos a dialogar.

Más tarde, estuvieron Enrique y Hermida en casa de Magda, para salir en coche, jugar unas pesetas en Rosales, divertirse. Arolas estaba contento. El primer paso había resultado bien.

—¿Qué hay, "Escarolita"?

—Tú dirás, precioso.

—¿Y usted, doña Magdalena?

—Yo, preocupada.

—¿Sí?

—Ha venido esta tarde a verme una señora lujosísima. No quiso dar su nombre. No la he recibido. ¿Quién será?

—Una celestina, probablemente—dijo Arolas—. Mire usted. Jamás viene la felicidad, en coche, a nuestras casas. En coche sólo viene la perfidia, que se disfraza para engañarnos. La dicha sube mal vestida, misteriosa y secreta, con sus leves pasitos de ensueño.

Magda cogió a Enrique de los hombros y le besó en sus ojos, despacito, con arrobo lento,

pasándole la puntita de la lengua vivaz por las pestañas escalofriadas.

—¿Me quieres, Magda?

—¡No te voy a querer!

—¿Por qué me quieres?

—Porque me has retirado de aquella vida tan fea. Y porque me gustas. Eres para mí el único hombre que existe en el mundo. Yo te creo generoso, espléndido, fuerte. Sé que me amas. Conozco tu amor en mis entrañas todas. Lo siento llegar a mí como un dulce calorcito que me duerme. Trae la bocaza, feo.

Al día siguiente, se repitió la escena. Había insistido la Santafé con el mismo resultado. Eso les transmitió a Irastorza. Además, no repetiría la escena. Confesaba, pleno, su fracaso, y se resignaba.

Enrique reía, reía, reía de contento. ¿Para qué más? Ni recibirla siquiera. Y eso, a una mujer desconocida, que se presentaba lujosa, acaso trayendo la cartera de un naviero o los pergaminos de un duque. Ya, ya podía entregarse ciegamente a aquel magno amor. Podía, podía resucitar a Magda. No era tampoco la

madre tan torpe ni tan canalla. Sabía que Enrique era el esperado, y no quería traicionarlo brutalmente. Aún le quedaban un residuo de amor maternal y un vislumbre de inteligencia. Pero, eso sí, al calor de aquel suceso, lanzaría un aluvión de embustes, porque la mentira era en ella un placer, acaso un dogma. Habíase acostumbrado a la trapacería de tal modo, que preferiría, en un terrible dilema, mentir perdiendo, que veracear ganando. Pero, ¡bah!, mentirillas de mujeres. Lo esencial es que no querían trato con señoras raras que acuden lujosas, y risueñas, como la tentación.

—¡Oh, Magda!—pensó Enrique—. ¡Magdalenita mía! ¡Tú serás mi obra! ¡Ya lo eres!

Reía de orgullo, de placer. Intenso, como un camino de luz, vió el futuro. Aquella pobre nena estaba salvada ya. La señorita de Girón se rehabilitaría por su cariño. No se casaría jamás con ella, pero sería como una esposa en secreto. Le haría un fuerte seguro de vida. Veinte mil, treinta mil duros. Si él faltase, ella tendría un capitalito que emplear en cualquier honrado asunto. Viviría en el so-

siego y con cierta pureza, libre de alcahuetas y de libidinosos, como ella merecía por su rango, por su bondad infantil y por su belleza peregrina.

—¡Qué feliz soy!—se decía a sí mismo.

Y recordó a Tolstoi y a su meretriz renacida, ¡y le pareció todo aquello tan sublime y tan maravilloso!...

Por la noche, en efecto, chaparronearon las mentiras. Había vuelto aquella señora. Y no era cosa ya de esquivarla. ¿Qué se perdía con hablar? Magda había salido con la perrita. Charlaron solas, íntimas. Era, en efecto, una tercera, y traía un encargo. El marqués de Vallflorit, amigo del Rey, su alto servidor, estaba enamorado de Magda. ¿Promesas? El oro a montones.

Hermida y Arolas cambiaron una mirada brillante.

—Y usted, ¿qué le contestó?—interrogó Enrique.

—¿Yo? ¿Y usted me lo pregunta? Que mi hija tiene novio. Sólo eso.

—¡Pues chóquela usted, que estuvo usted bien!

¡Pobre mujer! ¡Bien se le podían perdonar aquellas sandeces de viuda ridícula y vanidosa! Lo importante estaba salvado. ¡Que dijera tonterías! ¡Que pusiera su orgullo en menudencias tan estúpidas! Era igual. Lo enorme, lo absoluto, existía.

Aquella noche fué una noche de plena felicidad. Enrique le regaló a su suegra de la manb zurda dinero para un gran vestido. Cenaron de chipén. Fueron en automóvil lejos de Madrid. Jugaron al treinta y cuarenta. Ganaron. Magda se llevó su escarcelita abarrotada de pesetonas... ¡Más de quince duros en monedilla chica! Rieron. Cantaron trozos zarzueleros. Se volvió a hablar de Eloisita. Hubo mimos y zorroclocos. Magda no se atrevía a brincar por temor a un aborto despavoriciente.

Al siguiente día accedió Enrique a una idea de doña Magdalena que le venía dando mie-

do. ¡Poner casa! ¡Casa! Aquello era un Rubicón. ¡Casa! No es que fuesen a convivir, no. Pero el hecho de que ellas tuvieran casa le daba al asunto un aspecto demasiado formal. Pero ya ¿quién oponía remilgos?

Además, a Enrique no era grato el ambiente de aquella hospedería en la cual moraba su ídolo. Quería apartarla de Mimí Mou'in Rouge, estrella de variedades en Albacete y en Oporto, que tenía un sostenedor lusitano, y un maestro compositor apellidado Redondilla.

Por la noche solían reunirse en la sala, donde gemia un piano afónico, gentes pintorescas. Mimí Moulin Rouge, que se decía a sí misma la segunda Raquel, y que—blasfema—ponía cachondos a los gatos de la vecindad cuando le oían estrangular sus maullidos. La mamá de Mimí, doña Celestina, gorda y de andares mecidos, con un tobillo hinchado por el reuma. El hermano de Mimí Moulin Rouge, que tenía rostro de carátula chinesca, y que se apropincuaba por allí, el pobre, a la husma del portugués. El portugués. Un señor entre

los cuarenta y los cincuenta, con botines de dril, tañedor de viola y cantador de fados.

Redondilla no faltaba nunca, puntual, miope, chiquitito, tropezando con los canapés. Venía el infeliz cansadísimo. ¡Daba tantas lecciones! Y luego, ¡la fatiga de su inspiración! Tenía escritas muchas letrillas geniales: "Trágate el ratón", "¡Jesús, qué moler!", "Tripitina mía". ¿No las había oído el señor Arolas?

—Exuperia Sánchez, ya sabe usted, la gran cancionista, obtuvo en Archidona un éxito detonante en el "Ratón". Voy a interpretarlo.

Y se ponía al piano, y desoyendo su ronquera quejumbrosa, ejecutaba, dando saltitos, una rapsodia sosita que al portugués se le antoja enervante, y que le hacía mirar a Mimí Moulin Rouge con ojos de carnero en la agonía.

Tamaña gente no le era grata a Enrique. Pertenecían a un mundo casquivano y amoral. Y luego, ¡aquella Mimí! Tenía de ella un mal recuerdo. A poco de conocer a Magda, apareció la nena con una manchita en el brazo, poco más abajo del hombro.

—Y eso ¿qué es?

Magda se miro, y rió:

—Mimí.

—¿Es un chupón?

—Sí. Me lo hizo esta mañana. Vino a verme. Estaba con gana de risa. Es una estúpida.

Enrique se quedó molesto. ¿Sería...? ¿Un hombre? Pero aquello le parecía tan odioso que apartó la idea zumbante y negra como se gesticula ante un moscardón.

Sí, sí. Era conveniente una casita apartada. La buscaron hacia el Bulevar. Era nueva, de estreno. Veinticinco duros. Ascensor. Enrique adelantaría algún dinero. Por de pronto, compraría algo. Luego, ya con lo preciso, iría comprándoles lo demás. Un comedorcito. Ese caería el primero de septiembre, cuando el agente de Barcelona liquidase.

—He pensado que sí—dijo Enrique al día siguiente de la prueba—. Que os conviene la casita.

Doña Magdalena abrió sus ojos desmesurados y voraces. ¿Acaso veía allí la ocasión de sacar una pingüe tajada? Convinieron. Hicieron proyectos rientes. Cuando Enrique Arolas llegó aquella tarde a su oficina, habló con Hermida, y le contó el paso que acababa de dar, éste lo halló muy lógico.

—Mire usted—le dijo—. Yo he tenido, lo confieso, alguna prevención contra esas mujeres. Me pareció un momento que se lo iban a tragar a usted una sirena y una loba. Pero, no. Estaba equivocado. Magda le quiere a usted. Es celosa como una turca, y eso no engaña. ¡A que no cela Mimí a su portugués! ¡Ca! Y luego, doña Magdalena, que es una infame, eso sí, parece conservar un poco de hidalguía.

Se detuvo:

—Es un asunto caro. Pero eso a usted no le importa. ¿Con quién gastar mejor el dinero?

Rió:

—Decía usted que no comprendo a Tolstoi. Sí. Lo que yo temía es que usted hubiera confundido a Tolstoi con Zola.



JORNADA QUINTA

A fines de julio ya estaba aquel hogar en marcha. Existían los muebles necesarios, y como sobraba el dinerillo, abundaba el contento.

Enrique iba, invariable, a dormir allí la siesta. Por las mañanas, no. Esas las dedicaba a sus negocios, ahora un poco ahincados, pues hacía falta ganar con frenesí. Mas a las cuatro de la tarde subía en el metropolitano o en un coche del Círculo, y se echaba en la camita de Magda para dejar pasar las horas solares. Nunca en aquel sitio usó de su pernada; respetuoso con la madre, con Magda, con sí mismo. Después...

Después, explicaba su lección de idiomas a la chiquilicuatra. Se había propuesto hacer de ella una personita culta, y le daba monedas de a duro cada vez que aprendía una frase.

Magda sabía ya contar en gabacho, y conocía los días de la semana y los meses. En lo que fracasó Enrique fué en su empeño de hacerle obtener un destino oficial. Se habían creado en Hacienda plazas para mujeres, con tres mil pesetas, ascensos, jubilación. Y no era la utilidad del asunto aquello que inspiraba a Enrique. Era habituarla a un trabajo honesto, a que ocupara un pequeño cargo responsable, a que se hiciese mujercita seria.

Pero en esto no hubo arreglo posible. Con el francés había transigido Magda, y aunque se distraía, en fuerza de dádivas iba enterándose de algo. Mas eso de tener una obligación ministerial le caía por fuera. Doña Magdalena misma se opuso tenazmente. Compañeros. Habría compañeros de oficina, que podrían aprovecharse, declararse... No hubo medio. Y Enrique, tristemente, se resignó.

Los postreros días de julio transcurrieron con veloz agrado. El agrado es veloz siempre. Sólo es despaciosa la pena.

Toda la tarde y toda la noche, por ahí, de placer en placer. A Magda le gustaba mucho el jamón andaluz, y Enrique lo buscaba, goloso, en los sitios más absurdos. Lo fueron a encontrar entre las frondas bombilliles, en merenderos recónditos que daban al Manzanares, y desde donde podían ver a los chiquillos que se bañaban, desnudos como pequeños sátiros. Lo fueron a buscar a las tabernas lujosas, servido con aceitunas aliñadas por un camarero solícito, y mientras un truhán hacía gemir a su guitarra cordobesa. Lo fueron a buscar a los grandes casinos y a los restaurantes cosmopolitas. Sucedió una etapa en que sólo hubo jamón, la edad del jamón.

Existió también otra etapa del juego. Habían iniciado a Hermida en una martingala que podía producir cuarenta duros diarios con un capital de doscientos. Aquel juego necesitaba un gráfico lleno de números, escritos en forma triangular. Un alfiler, clavado sobre cualquier cifra, indicaba el sitio estratégico de la jugada y marcaba el momento táctico. Magda les alquilaba a Hermida y a Enrique

un alfilerito de su blusa, y cobraba por ello, después de la batalla, algunos duretes. Claro que al final salieron derrotados, cosa que a Magda no le consternó con exceso, si no que por el contrario, le hizo prorrumpir en una de aquellas largas y retozonas carcajadas tan suyas...

Vivían felices. Arolas creía tener un hogar. Aquel hogar bulevardero le era amable... El tímido ladrar de la perrilla encantadora, la criada, el aspecto, un poco bohemio, de todo, hasta los enormes horizontes que se oteaban desde el balcón, grandes solares, conventos inmensos, torrecitas, la cúpula de la Concepción, el palacio de las Comunicaciones, el rascacielos de la Gran Vía...

Por eso, cuando recibió carta de su padre, exigiéndole que fuese a La Coruña aquel verano y señalándole fecha perentoria, diciéndole que estaba viejo, y que el mejor día..., tuvo una doble contrariedad. Más, sacó su cama para el 3 de Agosto. Así lo comunicó a Magda, la cual pareció sentirlo.

Empero ¿podía afirmar Enrique su felicidad absoluta? Detalles existían que le enojaban como púas.

Ante todo, el mobiliario, las incesantes alusiones de doña Magdalena. Que si no había perchero, que si una coqueta vendría muy bien en el gabinete... Enrique, claro está, hubiera deseado adquirir de una vez todo aquello. Pero, ¡diablo!, entre el jamón y la martingala se le habían fugado bastantes miles de pesetas. Era un derroche el suyo. Generoso, sí. Hasta espléndido. Pero entramparse, malvender sus ahorros, echar a pique su vida... Ya llegaría todo. Y pronto. Cada mes una cosa importante. Y en seis meses, la sala Gasparini.

Además, dos lamentables escenas estuvieron a punto de dar al traste con aquel cada vez más acendrado amor. Una fué de celos. Otra de finanzas.

Una tarde, se fueron ella y él al campo. Magda iba preciosa, toda encendida de juventud. En la estación, un fracaso. Se había ido el tren. Y como no había otro hasta pasada

una hora, se fueron a la cantina para esperar con limón y cerveza.

Allí, sentados junto al velador, entre el tráfago de la gente bulliciosa, se la quedó mirando Enrique, y empezó a hablarle. Y le habló con más pasión que nunca, poseído de una elocuencia arrullante, pinzando entre lo más bonito del léxico español, perlas y esmeraldas que tejieran una corona de vocablos. Habló de su amor, lo pintó, lo esculpió. Y tuvo en sus piropos delicia de mieles e incienso. Ella reía, reía, y coqueteaba.

Súbito, Enrique se alzó para decir:

—Espérame. Vuelvo en seguida. Voy a comprar cigarrillos.

Cuando regresó, frunció el entrecejo. Ella, medio de espaldas, sonreía. ¿A quién? Enrique buscó a un hombre. Si. Había un hombre. En la puerta del andén estaba. Era alto, recio, guapo, con el bigote canoso. Arolas fué hacia él, brutal. Y lo retó. Lo retó sin palabras, la boca seca, la lengua inmóvil, combo el pecho, cerrados los puños, la mirada violenta y homicida. Pero aquel hombre no tenía ganas de

pelear. Bajó los ojos, y se escurrió, ladino. Entonces, Enrique fué hacia ella.

—¿A quién le sonreías? ¿Con quién coqueteabas? ¡Eres una mala ramera!

Estuvo a punto de romper allí mismo, dejándola como un guiñapo en mitad de la calle. ¡Sonreirle a alguien después de escuchar sus palabras! ¡Qué sintético y qué representativo era aquel desmán revelador!

Ahora, en La Coruña, recordaba aquello, y lamentaba haber cedido al llanto de Magda, y a sus palabras de exculpación pueril.

La escena de carácter financiero tuvo su origen en la piel de un zorro. Enrique la había prometido uno. Estaba la pobre ¡tan desnudita! Ni abrigos, ni salidas de teatro, ni nada.

—Yo te compraré un zorro—le dijo cierta vez.

Al día siguiente Magda había visto un zorro divino en la calle de Mariana Pineda. Era encantador, con una cruz negra en el lomo, y pelitos argentados, y una cola enorme.

—Pues luego te la traeré.

—¿Sí?

—Que sí.

—Oye, pero que sea el mismo. Que no sea otro, ¿eh? Mira que mi capricho es ése.

—Bueno, mujer, ¿y cómo lo distingo yo?

—Lo dejé apartado. Dí mi nombre.

Al salir de su oficina, donde Arolas tenía atrasados asuntos, fué a la tienda de pieles en busca del zorro. Tenía, justas, novecientas pesetas.

—Bien—pensó—, quinientas para el bicho, y cuatrocientas para defenderse hasta el día primero.

Entró.

—Buenas tardes. ¿Quiere usted enseñarme un zorro que tiene apartado la señorita de Girón?

—¿De Girón? ¡Ah, sí!

El pulido y encosmetizado hortera sacó el zorro. Era bonito, en efecto.

—¿Cuánto vale?

El hortera miró la etiquetilla, como podía haber mirado una ganzúa, y deslizó:

—Ochocientas cincuenta pesetas.

—¡Caray!

Se quedó perplejo, mohino, pensando en aquella martingala que le privaba de adquirir, por unos días, el zorro.

—Oiga usted—interrogó—, ¿no los hay un poco más baratos?

—Ya lo creo.

Sacó otros casi iguales.

—Este, seiscientas. Este, quinientas. Este, cuatrocientas.

Enrique, turulato, se atrevió a interrogar:

—Esa señorita, ¿preguntó el precio de los zorros?

—Naturalmente.

Hubo entre ambos un cambio de sonrisas:

—Pues lo siento. Aún no soy senador. Ya volveré.

Y salió de allí con una indignación repentina. Sentíase en ridículo, explotado, vejado en su dignidad. ¡Caramba con la suripantilla y cómo sabía elegir la recondenada! Casi mil pesetas de zorro. ¿Habría creído que estaba en trapicheos con un bolsista? ¿Lo habrían tomado por un encuadernador a todo lujo?

No era el dinero. Mucho más, enormemente

más, le tenía dado. Era el síntoma. Y se irguió en él la plena madurez de su energía viril, para rebelarse. ¡Ca!

Y la buscó:

—¿Tú sabes lo que has elegido?—le preguntó a Magda—. El zorro vale ochocientas cincuenta. Me iba a quedar para pedir limosna. Toma, quinientas, y cómpralo tú.

Tiró cinco billetes apañascados, sobre la mesa. Ella no los quiso. Pero doña Magdalena, sumisa, los pinzó con sus largos y sarmentosos dedos.

Tres días antes de salir Enrique para su veraneo fugaz, se les incorporó Juanita. Juanita era la hermana menor de Magda.

—Mañana llega Juanita—dijo doña Magdalena—. Estará un mes con nosotras. Viene del colegio, con vacaciones. ¡Si viera usted qué bonita es! ¡Oh, es una preciosidad! Yo me hago más ilusiones que con Magda.

Enrique miró al monstruo horripilado. Porque no era la voz aquella voz maternal que

mima, sino palabrería de celestina, que ensalza. Era la cosechera que se promete una granazón abundante. Había delectación en la frase, elogio avezado, futuro que guiña su ojo picaresco.

Enrique miró al monstruo con horror. La hubiera hecho trizas. Pero le contuvo la impotencia, y su ilusión redentora. El había caído en aquella casa como una sombra benéfica. Sabía que tenía aquel formidable enemigo, y como no podía darle la batalla de frente, la iría venciendo en fuerza de bondad. Labor de misionero la suya.

Al otro día llegó Juanita, en efecto. Era bonitilla, sí, pero tenía ese aspecto enfermizo, larguirucho y pusilánime de las niñas pobres educadas con monjas. No hablaba. Huía como bestezuela cobarde. La presencia de Enrique le extrañó, y sobre todo que Magda le hablara de tú. Sus ojillos negros y sagaces atisbaban al intruso como si presintieran, como si comprendiesen... Enrique la besó con pena y le compró bombones. Durante aquellos tres días no durmió la siesta en casa de Magda.

Llegó el día de la brevísima separación. El tren salía a las cinco. Antes, almorzarian todos, incluso Hermida, en un buen restaurante. Lo hicieron con mala sombra, pues Enrique hubo de ofrecerle algunas bofetadas a un camarero que respondió a Magda groseramente. Y aquello no le agradó al viajero. Parecía un mal presagio.

Magda estaba nerviosa. Reía sin tino. Se ponía triste. Le hizo prometer a su amante que volveria antes aún de la fecha marcada. Le hizo que le dedicara unos retratos. Después de almorzar, confidencias. Una entrega de billetes por si les faltaba algo durante la ausencia. Doña Magdalena, sentimental, tuvo un ruego que hacer:

—Yo le quiero a usted como hijo, y le voy a pedir un favor.

La pantera iba humanizándose.

—El que usted mande, señora.

—De La Coruña al Ferrol, bien escasa distancia existe.

—Muy poca. Por tierra o por mar, una hora larga.

—¿Le costaría mucho trabajo llegarse al Ferrol? Allí se halla enterrado mi esposo. Murió allí, repentinamente, en un viaje, y allí lo enterramos. Tercer patio, a la izquierda. Su nombre está grabado en la lápida. ¡Hace tantos años que no vemos su sepultura! Deseo saber si está bien cuidada. No sospecha cuánto se lo agradeceré.

¿Le estimaba, de verdad, un poco, la arpía? Aquel encargo sólo podía depositarse en un corazón bondadoso, y los corazones bondadosos son amados siempre. Enrique se emocionó.

—Sí. Lo haré. Lo haré con gusto, con devoción, como un hijo.

A Magda, se le humedecieron los ojos.

Y esto era lo que recordaba Enrique Arolas, preciso, contradictorio, en el vestíbulo aquel, mientras Hermida, a setecientos kilómetros de distancia, esperaría también el momento de hablar.

—Pase usted, caballero — había dicho el bedel.

Entró en la cabina. Se puso el auricular. Borbotó el teléfono un gruñido rítmico, metálico. Después, la voz de Hermida, clara, vibrante, sonó trágica.

—¿Qué hay, Hermida?

—Una cosa increíble.

—Magda, ¿eh?

—Sí. Yo no me hubiera atrevido... Por eso le escribí confusamente. Esperaba el efecto que a usted le produjeran mis palabras. Veo que se preocupa.

—Sí. Diga.

—Pues verá. ¡Verá!



JORNADA SEXTA

La voz de Hermida, rápida, para aprovechar los inexcrables minutos, hablaba seca y veloz:

—Ayer estuve en casa de Emilia Guerra. Le pregunté por chicas, y me nombró a Magda como posible, aunque no fácil. Que tenía un lío, pero que por las mañanas—fíjese bien—, por las mañanas, había ido, y que podía volver. ¿Me oye?

—Sí. ¡Pronto!

—Yo me quedé atónito, y para no alarmarla, cambié de conversación. Después busqué a Irastorza. Irastorza ha repetido con Emilia su papel cerca de Pilar. Ha ofrecido bastante dinero. Mañana, por la mañana, acudirá a la cita Magda. Eso ha dicho Emilia Guerra. ¿Me oye usted?

—Sí. ¡Pronto!

—Yo estoy absorto. Creo que usted no le

dará al asunto más importancia que la de una aventura sin transcendencia. ¿Aprueba usted mi conducta?

—Sí.¡ Continúe!

—Mañana, a las doce, si va, y para que Magda no le vuelva a molestar a usted, ni quiera disculpar lo indisculpable, me verá a mí. Yo me presentaré como una sombra. Escena dolorosa, pero breve y elocuente.

—Está bien. Siga.

—Nada. Mi estupor. Y yo lo creo, ¿eh? Emilia sabe las nuevas señas de Magda, conoce el número de su teléfono. Fíjese usted en el detalle de las mañanas, hora única en que usted la dejaba libre.

Enrique, comprendiendo que pasaban los minutos, interrumpió:

—Si va, póngame un telegrama urgente. Que diga: «Asunto Irastorza, confirmado».

—Bien.

Iba a hablar algo más, cuando una voz enérgica e inapelable gritó:

—¡Ha terminado!

Y echaron la clavija.

Enrique Arolas salió de allí con paso vacilante, lívido, como si una enfermedad súbita le venciera. Era su amor, truncado tan bellacamente. Era su idealidad, mancillada de aquel modo tan protervo. ¡Tolstoi! Y se rió con sorna de sí mismo.

Necesitaba estar solo, para hablar alto, dialogando con su alma, ¡y para preguntarle tantas cosas!

¡Infame! Su primer impulso fué de ira, de homicidio:

—La mataré—pensó.

Luego... ¿Era su mujer? Era una meretriz que había conocido en el prostíbulo. La culpa era de él, y no de nadie. De él, por romántico, por estúpido.

Más tarde, conforme iba bordeando el puerto, hacia el muelle del Este, siempre solitario, se abismó en la contemplación de aquella estupidez sin disculpa:

—¡Befarme a mí, que era su idólatra, y que la quería, y que le había perdonado su vida! ¡A mí, que lo había disculpado todo, y que pensaba hacerla renacer! ¡Y ello en la misma

casa donde nos conocimos, y en la misma alcoba! ¡Qué asco!

Pasó junto a un barco que descargaba hierro. Más allá aún, las mujerucas pescaderas se repartían sus sardinas y sus xardas, sus besugos y sus mújeles. Estaban contentas. Y su júbilo le pareció absurdo a Enrique.

Llegó al muelle del Este. Hacía sol, un sol gallego, doradito y tibio, y hacía brisa, una brisa fresca, lozana. Grandes redes, para ser zurcidas, estaban en el suelo, secándose.

Nadie. Un carabinero, remoto. Dos chiquillos entre las peñas, aprovechaban la bajamar, pescando cangrejos.

Tomó asiento en el pretil, y aquel grato ambiente le fué serenando. Y es que en el fondo, no lo creía aún. Era absurdo en sí mismo. Y luego, ¡aquella manera! ¡En la misma alcoba y en la misma casa!

Una idea se le aferró en el alma, como tabla salvadora. ¿Por qué Magda había vuelto precisamente a casa de Emilia Guerra? Y sobre todo, ¿por qué no le había sido franca a la celestina, evitando a Hermida y al propio amante?

Era racional prevenirse. Y en un orden perverso, hasta legítimo. Que ella volviese a caer, bueno. Pero ¿en la misma casa vitanda? Y sobre todo, al llegar a un acuerdo con Emilia, al decirle que tenía un apaño, ¿cómo no le confesó, si en ello no había peligro alguno, el nombre de su novio? Al contrario. El peligro estaba precisamente en ocultarlo. Emilia no la habría de traicionar. Al revés. Y se evitaba la posibilidad de un encuentro ter.ible. Desconociendo Emilia aquel detalle, ¿no estaban expuestas a la presencia de Hermida? Y a que Emilia hablase sin saber. A lo que parecía haber sucedido.

—No—aseveró—. Es demasiado irracional.

Pero ¿cómo aseguraba la alcahueta que había ido Magda, y que iría de nuevo?

—Las alcahuetas—se respondió Enrique—ofrecen siempre lo más atractivo. Jamás dicen que no. Se pesca al cliente. Se le ilusiona. Después, ella no acude, pero existe otra, de saldo. Cunde el comedor. Se anima el negocio.

¿Las señas?¡ Conocía las señas. Pero eso

nada de extraño tenía. Magda le había revelado varias veces que Emilia Guerra no cesaba de insistir. Cuando se mudaron, ella preguntaría la nueva dirección en la casa de huéspedes. ¿Y qué inconveniente puede tener un fámulo en darlas a la anónima persona que interroga sin ser vista?

Se levantó. Paseó:

—En fin, mañana a las dos de la tarde saldré de dudas.

Regresó a la ciudad lentamente. Iba ya ilusionado, con una íntima esperanza. Hacía falta que ella fuera tan inmunda como su madre, y que no le quisiera, ni le estimara en nada, para hacer aquello... Carecía de toda justificación, de toda verosimilitud.

—Yo les dejé dinero. Además, saben que regresaré pasado mañana.

Titubeó:

—Y luego, yo creo que me quiere. ¡He sido para ella, Señor, muy bueno!

Recordó escenas. Dos escenas de celos le había dado Magda. Una, en Rosales, cuando se le acercó a Enrique Felisa Montalván, cin-

cuentona, pintarrajeada, para decirle que la habían limpiado ya, y que le prestara cinco duros. Fué una escena que duró tres horas, obcecada, terrible. Magda se había demudado. En la sala, disimuló. Pero, cuando estuvieron en el coche, tomó un berrenchín espeluznante. Lloró. Se negó a darle besos. Habló del suicidio. Estuvo hasta grosera, violentísima. No. No era ficción. La ficción busca un límite sagaz. Y aquello era la brutalidad a todo trapo y la indocilidad a caño libre.

La segunda escena de celos acaeció en casa de Enriqueta Sanjul, otra alcahueta de postín, guapa como un cartel de feria, que Arolas había conocido de "niña", y que había ascendido.

Esperando a Hermida, que corriera en pos de una jamona, se quedaron solos. Ella salió un instante para atusarse el pelo. Durante el intervalo entró Enriqueta, y se sentó junto a Enrique, cerquísima, en el mismo divancito. Cuando tornó Magda, y los vió así, se le puso terrosa la cara, le brotaron ojeras.

—Y tú—dijo Enriqueta—ya te has retirado.

—Sí. Me ha retirado esta nenita.

—¡Qué linda es! Bueno, os dejo.

Al salir Enriqueta, Magda avanzó pálida:

—Te ha besado. No lo niegues.

—Juro que no.

Y Magda lo besó entonces apasionada, temblándole todo el cuerpo. Fué una escena rápida, espontánea, que ahora rememoraba Enrique con toda justeza y brío.

Pensó:

—Si me quiere un poco, ¿iba a hacer eso, y allí, y hoy? En fin, mañana a las dos de la tarde lo sabré todo.

Inquieto, impaciente, no sabía qué hacer.

—Jugaré—determinó—. Si gano, es que me hizo la maldad. Si pierdo, es inocente.

Llegó al Círculo de Regatas, y cambió ante la ruleta un billete de veinte duros. Y jugó al azar, sin ton ni son, fuera de todo método, plenos, cuadros, líneas... Y la bola, una vez sí y otra no, se paraba en sus números. Ganaba con rabia, con desesperación, como si aquella bolita de marfil le ofendiese.

—14. Encarnado, par y falta.

La raqueta empujaba hacia él montones de fichitas menudas. Y su mano las recogía con rencor y las prodigaba ciego:

—31. Negro, impar y pasa.

Se fué a jugar al monte, para ver si cambiaba la suerte. El había preferido siempre las cartas pequeñas por temperamento, amigo de los débiles. Si un rey contra un dos, al dos. Pero, como ahora quería perder, cambió de juego.

—Un duro de camonina al rey, cinco a la carta, diez con el caballo.

¡El rey de camonina! El rey, fulmíneo, trayéndole un montón de fichas policromas y odiosas.

—Jugaré a las pequeñas—pensó.

Y echó quince duros a un tres. ¡El tres de pleno!

Harto, cambió sus fichas, compró habanos, picadura, dió una propina casi insolente, y salió del Círculo.

No podía sosegar. Entró en el Relleno. Vió a María Angélica, lindísima, con Beatriz. Sí,

era bonita Beatriz. Tenía, en efecto, una naricilla larga, muy graciosa. Buscó a su padre, y lo convidó a un vermú. Se fueron a cenar. Después, cansado, rendido, se acostó. Estuvo insomne hasta la aurora, fumando, dialogando en un dédalo alucinante.

—¿Sí? ¿No? ¿Sí? ¿No?

Faltaban ya escasas horas. Su prisa, su angustia, era por saberlo todo, por acabar, por decidir. Comprendió que la duda mata. Por fin, en la casta soledad de aquel lecho filial y apacible, se quedó dormido, como un cadáver. Si doña Eloísa hubiera entrado para ver si reposaba, y lo hubiera visto así, habría lanzado un grito.

Sueño hipnótico aquel, sueño que es como antesala de la muerte, nervios que ceden por cansancio, alma que se rinde, ojos que se cierran con letargo angustioso, ensayo de agonía.

JORNADA SÉPTIMA

Se levantó exánime, con un gran disgusto interior, aburrido. María Angélica se asustó al verle, y fué como un cristal que se empañara:

—¿Estás enfermo?

—No. Es el enojo de marchar.

—¿Te vas, al fin, mañana?

—No tengo más remedio. Asuntos, negocios... Precisamente espero hoy telegrama de Hermida. Ya sabes... Hermida. Mi aliado.

—Sí. ¡Qué lástima, Enrique! Pero ¿me prometes volver pronto?

Enrique permaneció meditativo durante unos segundos.

—¡Quién sabe! A lo mejor, ni llego a Madrid.

La niña palmoteó de contenta:

—¿Serás capaz? Oye, Beatriz está intriga-

da por ti. Me confesó en secreto que eres guapo. Dice que a ella no le gustan los mocosos, sino los hombretones como tú. Me preguntó si tenías ya cuarenta años, y al decirle que sólo eran treinta y ocho, le pareciste demasiado joven.

—Pues también ella me gusta. ¡Qué amable! Tiene, sí, una naricilla encantadora. Y es muy elegante. No llevaba ayer ningún detalle feo. Todo era armónico en ella. Y seductor. Oye, nenita, si viene telegrama guárdamelo, ¿eh? Es de un interés decisivo.

Estuvo en la peluquería, donde hizo su gasto habitual de cuatro pesetas en lociones británicas. No se bañó en el mar. Hacía frío. Tomó una ducha tibia en el balneario. Después, como era temprano aún, subió a una jardinera, y visitó, de prisa, un barco de emigrantes, con su tercera sucia y horrible, llena de fugitivos desesperados, recibiendo una impresión infernal. Por fin, antes de las dos regresó a su casa:

—¿Vino algún parte, mamá?

—No.

Habló con el canario. Le dijo que era bonito, y le puso un terrón de azúcar. Vió tomar después al prisionero su baño en la pequeña tina de cristal. Discutió con María Angélica qué flores se pondría aquella noche para ir a la verbena, vestida de gitana.

—Yo prefiero crisantemos—dijo ella.

—Yo claveles. El crisantemo es una flor triste, sepulcral, para amores difuntos. Y tú eres la juventud y la promesa. Ponte claveles. Ellos, que son hermosos, pero un poco plebeyos, olvidarán su ordinariez en ti. En tu cintura y entre tu pelo, nada puede haber que no sea delicioso. Ponte claveles, María Angélica.

Almorzaron. Las dos y media ya. No, no venía el telegrama. No vendría ya. Era absurdo. Y tiempo había, de sobra. A las doce era la cita. A las doce y media iría a Telégrafos Hermida. Urgente. No. Era absurdo.

Aporrearon la puerta, abajo. Un toque, repique. La criada corrió a abrir. Arolas sintió que el corazón se le paralizaba, como si un puño lo apretase. Su esfuerzo de voluntad

para disimular la emoción fué titánico. Pero, no. Era, ¡bah!, el carbonero.

Salió a la calle, y se encaminó, irreflexivo, hacia Teléfonos, pidiendo conferencia con Hermida para las seis. Estaba seguro ya de sí y de Magda.

—¡Cómo la hemos calumniado!—pensó—. ¡Le voy a dar un tirón de orejas al diablo de Hermida! Y esa cochina alcahueta cínica y trapalona...

¡Pobre Magda! Suponerla tan abominable... En realidad era un poco infame todo lo que habían hecho. Pilar Santafé, Emilia Guerra, Irastorza... ¡Nena querida! ¡Muñeco idolatrado! Los antecedentes, claro está, lo hacían todo verosímil. Pero ya estaba redimida. Era inicuo el antruejo que le habían anticipado, la carnavalada siniestra.

—Además—dijo—el encargo sentimental de la madre...

Y recordó el suceso, preciso y romántico.

Al tercer día de estar en La Coruña, fué al Ferrol, por tierra, recorriendo aquellos parajes de ensueño. La ría del Burgo, el Mero,

los verdes pinares de Abegondo, la luz dorada de Guísamo. Betanzos ya, en el fondo del valle. Luego, bordeando el mar, la villa cercana, que es nido de Almirantes, populosa, con sus arsenales gigantescos. Vió Puentedeume, la isla Marola, la inmensa bahía ferrolana, con sus dulces aldeas de pescadores, La Graña, La Cabana, Mugardos...

Para volver en el día, fuése derechamente al cementerio. Nadie. Acaso una viuda que echa florecitas sobre un sepulcro anónimo. Mausoleos albos, nichos con tarretes y búcaros florecidos. Piar de pajarucos. El sauce llorón, y los puntiagudos cipreses tristísimos, erectos.

—Tercer patio a la izquierda—recordó.

Pero no sabía orientarse ante aquellas callejas idénticas, veredas limitadas por las sepulturas. Abordó a un viejo que se aburría sentado sobre una fosa:

—Perdone usted—le dijo—. Quería saber el sitio donde está enterrado el juez señor Girón. Fué presidente de la Audiencia.

—Sí. Venga usted.

Y lo condujo allí.

Era una sepultura rica, con su cruz de mármol y su lápida impresa. Estaba bien cuidada. Leyó: «Aquí yace el Excelentísimo señor Don Elías Girón y Mirasol, Presidente de la Audiencia Territorial.» La fecha.

No pasaba nadie. El sepulturero, después de recibir su propina, se había alejado. Un gorrión saltó de entre las siemprevivas. Y Enrique, emocionado, poseído de una sensación extraña, dobló su rodilla ante el sepulcro.

Jamás conociera al hombre aquel. Pero era el padre de Magda. Y de seguro era una persona buena. ¿Por qué no? ¿Por qué no consagrarle a su memoria un recuerdo piadoso?

Ideó Enrique:

—Si su espíritu flota por los espacios, ¿qué dirá al verme de hinojos ante su cuerpo ya podrido? Yo, ¡que conocí a su hija en un burdel, y que la quiero! ¿Me comprenderá?

Se alzó. Luego tuvo un pensamiento magno. De una grieta negra y siniestra surgían flores. Era entre la fosa y la lápida. Dos o tres florecillas sin nombre, pequeñas y pálidas. ¿Se nutrían con la descomposición de aquel orga-

nismo? Enrique arrancó una, delicado, tímido, cual si aquel débil tallo pudiese tener vida. La miró. Sus petalitos blancos, como los de una margarita silvestre, eran lindos. La guardó, cuidadoso, en su cartera. Después, en puntillas, para no romper el encanto de aquella escena piadosa, salió del cementerio.

Por la noche, ya en casa, le escribió a Magda una carta sentimental. Decía: «Fuí al cementerio del Ferrol, y vi la tumba de tu padre. He cogido una florecita de su fosa, y te la llevaré como recuerdo.»

¿Era posible, después de aquello, que Magda se desnudase ante un desconocido, para envilecer, en un revolcón inmundo, tantas cosas pías?

Pensó, después, en la madre, en el monstruo. En el caso de que hubieran perpetrado aquella infamia, ¿qué móvil psicológico habría inspirado a doña Magdalena cuando le suplicó a Enrique que visitara la tumba de su esposo? Con la traición en el pensamiento, ¡encargarle intimidad tan excelsa! Era de un refinamiento demoníaco, de una maldad satánica.

Se puso a meditar, y la sospecha volvió a herirle. Sí... Aquella viuda ridícula y vanidosa había querido darle a su yerno morganático la prueba solemne, gráfica y macabra de su alta jerarquía, haciéndole visitar la tumba del pobre magistrado. Que leyera en la lápida su nombre honesto y su rango ilustre. Era un acto de postín realizado por una alcahueta.

Mas, ¿resultaba todo esto verosímil? Sería trasladarse a un dédalo demasiado innoble, caer en el infierno dantesco, vivirlo.

A las seis menos cuarto llegó a Teléfonos. Otra vez la clara voz de Hermida, habló:

—Nada. Estamos como ayer. Fué Irastorza a casa de Emilia Guerra. Eran las doce, como se concertó, pero Magda no había podido ir.

—Entonces...

—Irastorza ha ofrecido más dinero. Sus billetes falsos hacen mella. Emilia dijo que mañana, por la tarde—fíjese bien, ahora ya puede ser por la tarde—acudiría Magda. Queda-

ron en que Irastorza telefonearía a las doce para saber la hora exacta.

Arolas quiso ahondar en aquel espíritu distante.

—Yo, aún no lo creo. Usted ¿qué impresión tiene?

—Desgraciadamente, pesimista.

—¿Conoce usted otros detalles?

—No. Los le que transmito.

—A mí, la verdad, no me bastan. Creo que Emilia lo intenta, sí, pero fracasará. Lo juraría.

—¿Y las otras veces? Dice que tuvo dos citas por la mañana.

—Acaso miente. Bueno, de todos modos, pronto se sabrá. Yo salgo mañana. Llegaré pasado, a las nueve.

Cortaron la comunicación.

Aquella tarde la pasó Enrique más tranquilo. ¿Eh? ¡Cómo había adivinadol Trapacerías de alcahuetas. Aseveró que Magda iría a las doce. Y ya no había sido hoy. Sería al día si-

guiente, por la tarde. Dilaciones, engaños, política. Le estaba ocurriendo a Irastorza lo que le sucedió a él, Enrique, cuando Felisa Montalván le prometió, hacía años, traerle a la manicura del Continental. Y acabó aterrizando, harto de esperar, con un odre gordo que surgió en la hora psíquica.

Rió. Se dió golpecitos con el bastón en las puntas de sus zapatos. Fué al Círculo de Regatas. La suerte, aquel día, le fué invariablemente adversa. Si al 6, el 30; si al 32, el 8; si a un caballo, el as; si a un cinco, el rey.

—Pierdo—imaginó—. Es que me quiere.

Estuvo por la calle Real, y le compró dulces a María Angélica. Fué en busca de la cama que desde Vigo le tenían reservada para el rápido. Estaba contento. Al llegar a Madrid ¡la vería! ¡Con qué amor besaría sus negros ojos! Se irían unos días al Norte. Quería verla y sentirla en el Norte, observar cómo el sol cantábrico bañaba su melenita rizosa, y qué contraste hacia su figurita meridional con la bruma del septentrión.

Cenó. Después de cenar fué a Telégrafos,

y escribió dos despachos. Uno para Magda. Otro para Hermida. El de Magda decía así: "Salgo rápido. Llego jueves por la mañana." El de Hermida era éste: "Si asunto compruébase póngame telegrama urgente estación León a viajero rápido Galicia, cama número 5, que diga: Asunto Irastorza confirmado."

Enrique mismo ignoraba por qué había puesto aquellos despachos. Razonó. El de Magda era una última invocación, una apelación suprema. Llegaría a sus manecitas, temprano, con el chocolate y con los primeros ladridos de "Golosina". Leería. Allí, en aquel papel azul, estaría escrito su nombre, "Enrique", y daría la sensación robusta de una llegada pronta, inmediata casi.

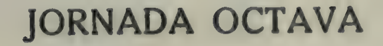
—Me verá, me sentirá—pensó—. Y cuando Emilia Guerra vuelva, pocas horas después, a la carga, la echará escaleras abajo.

El despacho para Hermida era un aliento de ilusión que se forjaba. El viaje sería largo, angustioso. Pero ya no tanto. En León, a mitad de camino, si no había ningún telegrama,

a dormir con placer intenso. Si lo había... Si lo había, de todos modos quedaban reducidas sus horas de tormento y de inquietud.

Volvió a casa temprano, y se durmió tranquilo.

No. No era posible. Sabía que no era posible. ¡Horas antes de llegar él! ¡Mientras él viajaba hacia Madrid! ¡Aprovechar los minutos traidores! ¡Fingir sollozos entre los besos de un desconocido! ¡Ultrajar aquella florecita que ella sabía en la cartera de Enrique, y que también iba camino de Madrid, sagrada como una reliquia! ¡Aquella flor que se había nutrido con un cuerpo querido, y que otro cuerpo querido llevaba cerca de su corazón!



JORNADA OCTAVA

TRACATRÁ, tracatrá, tracatrá... El tren corría hacia Castilla en la mañana plena de sol. Enrique había intentado inútilmente leer periódicos. Todo era imbécil, y carecía de sentido. Asesinatos sindicalistas, crisis caciquiles... Civilización pocha, que se rezuma. Hojeó también una novela innoble, masoquista, sin estilo, escrita por un invertido «que vendía mucho». La tiró por la ventanilla, al cabo, y se puso a mirar el paisaje. Ya en agros de Lugo, la tierra era de un verde más duro y más negro. Huía el mar y venía la montaña. Arboles, palos del telégrafo, praderas, ovejas, aldeíllas, siempre igual y siempre vertiginoso. Y el tren, tracatrá, tracatrá, tracatrá...

A las doce había salido Enrique de La Coruña, donde le despidiera su padre, lloroso. Las doce. Hora grave. Cuando la máquina

pitó, estridente, ¿habría sonado en aquel mismo instante el teléfono de Magda, demandando la cita definitiva para Irastorza?

No. Enrique iba ya completamente seguro de que no. Cerró sus ojos en el vagón de primera—hasta Monforte no tendría cama—y evocó a la pequeña. ¡Cuánto la estaban calumniando! Y sus oídos, como un repiqueteo de alucinación, tornaron a repetir el ritornelo que la describía musicalmente. Todas las mujeres parecen vivir en un breve trozo musical. Manon son cuatro notas de la sinfonía. Magda era este ruidillo: «Madrileña soy, tin tin, tin tin, tan». Aquélla era toda Magda, chispera, morena, con su carne apretada, de goma, y sus crenchas obscuras, de maja.

—¿Por qué la veo en esta canción?—se preguntó a sí mismo.

Y sí. Recordó... Había sido una noche, en la Bombilla. El pianillo repiqueteaba aquello. Magda invitó a bailar al amante. Estaba alegre, como nunca, cascabel, sonaja, pandero. Enrique no quiso danzar. Y ella, al sonsonete de tal musiquilla canallesca y retozona, bailó

sola, con movimientos elásticos, mucho tiempo. Y ¡estaba tan interesante en aquel espacio ingenuo e infantil!...

La quería, la quería... Rememoró detalles suyos. ¡La boca! Un día le había dicho Enrique:

—Tienes una boca lindísima.

—¿Por fuera? ¿Y por dentro?

—Supongo que también.

—Mira.

Y Magda abrió su boca de diez y seis años, y enseñó el paladar rosado, la afilada lengüecilla que tenía vida propia, y mimo suyo, y coquetería personal, y las dos filas de dientes albos, sin una maca, arteros y fuertes como los de una leona joven. ¿Fué un acto de lujuria tremendo? ¿Una especie de virginidad que se le descubría y se inmolaba al amante? Enrique había sentido temblar todo su ser de pasión, ante aquel secreto delicioso, parte íntima de un organismo sano y querido.

La quería, la quería...

Rió:

—¡Pensar—dijo para sí—que le hice ver-

sos! Yo. ¡Versos yo! Un ingenierote matemático, algebraico. ¡Qué loco!

Recordó sus versos. Habíalos escrito en un instante de complejidad espiritual—en uno de esos arrechuchos catonianos, cuando creía una infamia poseer a la chiquilla—cuando no quería sentirse amante de aquel retoño, sino su rodrigón, y más poéticamente, su maestro. Recordó aquellos versos, y los dijo para sí, mientras el tren hacía su tracatrá, tracatrá...

—No quisiera—rezonga la conciencia.
—Es una gran maldad—responde un eco
de mal augurio. Empero, la impaciencia
que me consume, salta cual morueco

sobre el recuerdo tuyo, apetecido.
Y hay una lucha bárbara y brutal
ante el espanto del pecar, temido,
y entre la gula de tu amor triunfal.

Y quisiera borrarte de mi vida
como un tormento que, fatal, la asalta,
pero siento el encanto de la herida,
y sin tus besos el vivir me falta.

Esperándote estoy. Y deseara
el no verte llegar. Que te evadiera
una idea tuya, inescrutable y rara
que de mi absurdo amor te desprendiera.

Pero, ¡es tan inaudita la fragancia
de tu cuerpo desnudo! Tanto ansío
sentir tus pasos leves por la estancia
y que tu amor se funda con el mío,

que todo mal es insignificante
ante el horror inmenso de perderte.
Penar quiero, y morir, por el instante
supremo, enervador de poseerte.

Amo los rizos de tu pelo extraño.
Pelo de maja, pelo fosco y fiero.
Y de tus ojos el querido engaño,
que aun siendo engaño, por bonito, quiero,

Y toda tú. La risa de tu boca
que salta, alegre, entre los blancos dientes.
La ingenua gracia de tu risa loca.
Y el exquisito encanto cuando mientes

diciendo que me amas. La caricia
que premia toda mi impaciencia fuerte,
y que ya consumada su delicia,
deja mi ser, para el placer, inerte.

—¡Que no venga!—medito. Pero siento
el adorado ritmo de tus pasos.
Todo mi ser en huracán violento
corre a la dulce sima de tus brazos.

Y el infierno terrible de pecar,
y la pena infinita de sufrir,
cede ante tu manera de besar,
y huye ante tu manera de reir.

Tracatrá, tracatrá, tracatrá...

Harto de estar sentado, salió al pasillo para ver desde otro lugar el paisaje. Allí se tropezó con Padierna, el comandante Padierna.

—¡Hola, Enrique! ¿Va usted a Madrid?

—Sí. ¿Y usted?

—A Orense.

Padierna estuvo después un momento irresoluto. Al fin...

—El otro día le vi a usted en la Ciudad Lineal con Magda. Es muy amiga mía.

Enrique, alerta, se situó en terreno de observación, e hizo una finta:

—No es cosa propia. Iba con un muchacho amigo mío. Yo les acompañaba. ¿Qué tal chica es ésa?

—¿Me lo pregunta usted con intención?

—Con la intención de un amigo nada más. Está algo liada con ese muchacho. Temo si habrá caído entre mala gente.

Padierna habló. Ella, Magda, era una niña sin voluntad, loca por su madre. La madre, en cambio... ¡Vaya una señora de camándulas! A él quiso pillarlo, y eso cuando Magda tenía

amante, un militar al que luego mataron en Africa.

—Yo olí el guiso—dijo—y me escabullí.

Abominó a doña Magdalena. El pobre magistrado Girón, ¿de qué se enamoraría? Girón fué un perfecto caballero y una persona honorable. Ya viejo, se casó con aquel estafermo inaudito. Constituía doña Magdalena una jueza marimacho, entrometida, despilfarradora. Su vanidad era casi ridícula. Decíase parienta de todos los grandes, perteneciendo a una familia de aventureros propensos al dolo, y había que buscarla, cuando se perdía, en el almanaque de Gotha. Viuda, echó de menos el palacio oficial, la mesa confortable, la existencia holgada.

Hija de un funcionario que se había hecho rico en las Antillas, prevaricando, y que después se arruinó con daifas petulantes, había conocido el rajar sedas y el urdir remiendos, pero jamás la honestidad y el orden. Ya treintona, sin dónde caerse muerta y con mala fama, conoció al viejo magistrado y lo cazó. Lo cazó entre caricias y tentaciones, buscando en aquel

ilustre anciano un hartazgo de vanidades y unos días largos de placer. Igual se habría ido con otro, ido, fugado, para vivir fuera de aquel padre suyo borrachín, y ya sin blanca. Enviudó. Y no queriendo soportar su viudez de pensionista cuitada y mediocre, prostituyó a Magda.

Fué una venta en regla. ¡Bien lo sabía Padierna, amigo íntimo del comprador! Una venta astuta, regateada, hecha con cinismo espantoso. Magda no quería. Deseaba casarse, que no la mancharan sus amigas y no la tildaran sus compañeras. Pero la madre apeló con la niña hasta la nota patética de afirmarle que se suicidaría. Ella, doña Magdalena, la había parido, la había criado, se había sacrificado por su bien. Ahora le tocaba a la otra pagar su gran deuda, ganándose la vida, y ayudándole.

—¡Qué horror!—interrumpió Arolas.

—Le digo a usted que me dió pena, entonces, cuando el otro, que era un vividor tremendo, y que no se recataba en lo más mínimo, me confesó todo aquello. Él estimaba a la madre. Había encontrado en ella a su aliado.

Doña Magdalena le había dado a leer folletos indecentes a la pitusa, la había iniciado en lo más protervo, y ello al descuido, y sin concederle importancia.

—Juzgue usted. A lcs quince años, Magda era una cortesanita vieja.

Padierna sonrió:

—Yo le aconsejaría a su amigo que la dejase. No por ella. De ella se puede sacar aún bastante provecho. Conmigo fué delicada, escrupulosa. Magda no me hizo avances. Fué la otra. Quería tener, por lo visto, dos caballos en su coche. Juan Temes, y yo.

¡Aquella madre...! Y el pensamiento de Enrique Arolas enfocó la figura de doña Magdalena como un chorro luminoso en la obscuridad. Y la vió, repulsiva, sáurica, con su mirada epicena y su babosidad innoble.

Sí. Existían madres capaces de aquello... Recordó. Había sido años antes. Deambulaba Enrique, nocherniego, con un amigo suyo, cuando el amigo aquel, Santi el vitoriano, se detuvo:

—Mira qué elemento.

Era una niña de catorce años, bonitilla.

—No está mal.

Iba acompañada la nena por una mujer de edad madura. Abordaron. Que sí, que no, dieron en un hostal. Luego Santi y Pepita se fueron a la Costanilla de los Angeles. La rodrigona y Enrique permanecieron en la botillería, esperando. Esperando y haciéndose confidencias.

¿Cómo surgió la reciprocidad entre dos seres tan distintos? ¿Quería Enrique ahondar en aquel alma? ¿Le atrajo una seducción perversa, el abismo llamativo y catastrófico?

Era madre, su madre, la madre de Pepita. Se llamaba Andrea, y había bebido ya con cinco sátiros desde las seis de la tarde. Estaba comunicativa y hasta sentía por Arolas una incipiente y hedionda liviandad...

La niña era un portento.

—Con seis caballeros ha estado ya hoy.

Lo dijo alegre y jactanciosamente, como un cochero podría elogiar a su jaca.

—Mire usted.

Abrió el bolsón y mostró cuarenta duros.

—¿Eh?

La vieja se derrochó en ditirambos. Pepita valía un orbe. Había aprendido todas las gracias y aun las marrullerías del amor, y hacía lo que pocas. Además, era lista como una ardilla para sacarle los cuartos al más tacaño centauro que la poseyera.

Fué aquello un capricho goyesco vivido, un aquelarre sorprendido en su faceta más trágica, piruetas y corcovos demoníacos.

Recordó Arolas. Y sintió una intensa punzada en el corazón. Doña Magdalena era igual.

¡Igual! ¡Igual la viuda de un juez!

Sintió horror de la vida, y separó espiritualmente su persona del mundo, en un divorcio súbito.

Se abismó en la contemplación de aquella madre. ¿Cómo había ido cayendo hasta tan bajo? Las palabras de Padierna daban una pista. Su familia había sido aventurera, y su padre fué un canalla. Pescó al viejo magistrado con la astucia de un hambriento. Vivió entre holgorio y vanidad. Y al quedar viuda, y cuando pasaron los primeros instantes de estupor, se

quedaría mirando a la miseria cara a cara, y la debió retar con odio y con fiereza, dispuesta a ganar la batalla, pese a todo.

¡Magda! Atisbaría a Magda como un ladrón puede escudriñar en su manojo de ganzúas el secreto del éxito. El primer escalón... Acaso ése le costaría algún esfuerzo. Después el desgaste, el roce, el ambiente... Años entre chusma, entre hampa. Callo en las entrañas, coraza en el pecho, roña, mugre que se va solidificando espíritu adentro, alma a fondo, hasta ser una alcahueta de oficio, la alcahueta de su propia hija.

No. Ya no quedaba de aquella mujer sino el deslumbramiento de su pasado, para ella esplendoroso, la vanidad de un pretérito que le parecería soñado. Era Emilia Guerra, era Pilar, era Felisa, ¡era la vieja desdentada que malvende a su hija para llenar estólidamente el buche!

Asombra ver con qué facilidad se desciende.

Arolas recordó también a las hijitas del Grande de España que ofrecía Paca la Tuerta

en su falansterio. Hijas de un duque, muerto en la ruina por el vicio de jugar, en tres o cuatro años se habían envilecido tanto que parecían tusonas de raza.

Evocó a la mayor, Eulalia, pintada de rubio, fumando un cigarrillo turco en el comedor de Paca, las piernas cruzadas a lo hombre, metiéndose los dedos entre el pie y el zapato con gesto grosero y canalla, sabedora de todos los dichos salaces y monótona ya en su impudicia.

¡La madre! También la madre de Eulalia Dávila y Fanjul, aquella marquesita de Ocampo, duquesa de Navalgrande, había perdido el honor y aun la vanidad, y degradaba su escarcela de rica-hembra castellana, llenándola de monedas sucias, que traía el descoco.

¡Qué rápidamente se cae! ¡Cómo se borran las historias, las tradiciones, y cómo es aventado el áureo polvillo de la riqueza y de la prosapia! ¡Ruines gentes!

Pero ya se acercaba a Monforte. Despidiéronse Padierna y Arolas. El tren hacía su tracatrá ensordecedor. Y Enrique oía aquel tra-

catrá como bajo, y aquel otro «Madrileña soy, tin tin, tin tin, tan», como agudo, y le dolía el craneo y sentía tundidos sus sesos.

¿Fué a las tres? ¿A las cuatro? ¿A las cinco? De pronto, ya en el vagón-cama, que se había reservado entero, dando fuerte propina al acomodador, tuvo un presentimiento, cual si ondas hertzianas misteriosas transmitiesen a su psicología finísima el siniestro envío... Fué una ráfaga. Pareció entrar por la ventanilla del vagón, como un fantasma insólito. Sintióse escalofriar, sin razón. Corrió al cristal con miedo.

—¿Qué me pasa?

Vió a Magda, pizpireta, descender de un simón en la calleja intrincada, y subir. La vió. Estuvo a punto de insultarla allí mismo con las palabras más brutales. Serenóse. Luego, cayendo exánime sobre el asiento, pensó:

—Es cierto. He tenido la corazonada. Es cierto.

Tracatrá, tracatrá. Pasaban ahora viñedos,

pedregales, el Sil, largo, curvo, desliendo su linfa gélida y pura entre un desierto milenario. Tracatrá, tracatrá. Aldeas, caseríos... El anochecer. Tracatrá, tracatrá. Noche. ¡La noche!

Cenó en Ponferrada. Alguien le habló de que Ponferrada se estaba enriqueciendo con el carbón a ojos vistos. Oyó frivolidades y sandeces. Volvió al tren:

—¿A qué hora, exacta, llegamos a León?—interrogó, anhelante, al acomodador, de súbito.

—A eso de la una.

—¿Estará abierto el telégrafo? Espero un telegrama urgente.

—No sé. Creo que sí.

Noche. Noche negra. Ni una estrella, ni el mínimo albor de una luna incipiente. Silencio. A veces puntitos luminosos que denotaban pueblos míseros y lejanos. El tracatrá era ahora más lúgubre, más penoso. Tracatrá, tracatrá, tracatrá. Y a veces, el ya desesperante «Madrileña soy». Astorga. Acento gallego aun en las mociñas que venden mantecadas y que ofrecen jarritos de agua fresca. Cerca de León se puso de pie, colérico:

—Que no lo creo, ¡ea! ¡Que no! Es demasiado inmundo.

La arribada a León fué larga como una mala agonía. Se anunció la ciudad con muchas luces, muchas pitadas de la locomotora, paraditas, refrenos interminables, ruido de ejes y de topes. Aquello era un suplicio refinado, obra de la casualidad inicua. León, al fin. Y Enrique, antes de que parase el tren, se tiró a la vía, y al pisar el andén se detuvo, irresoluto, buscando la oficina telegráfica. Estaba lívido, trémulo, como demente. En el andén lo vió Canido, un santiagués larguirucho, y lo detuvo, cordial:

—¿Qué hay, Arolas? Está usted más gordo.

Iba Canido—estaba seguro de ello Enrique—a ofrecerle un método para adelgazar, razonada y minuciosamente relatado, pero Enrique cortó el discurso:

—Busco el telégrafo.

—A la derecha está—afirmó Canido, sapiente.

Arolas corrió hacia la derecha. Pensaba que no habría telegrama alguno. Se estaba

dando un disgusto morrocotudo e imbécil. En efecto, la oficina hallábase a la izquierda. Corrió desandando lo andado. Telégrafos. En la puerta un hombre le interpeló:

—¿Es usted...?

Enrique no le dejó concluir. Arrebató el papel azul de aquellas manos, y leyó, aun sin dar crédito a sus ojos: «Asunto Irastorza, confirmado. Hermida.» Se quedó sordo, mudo, ciego. Metió la mano en un bolsillo, y le dió, sin saber lo que hacía, tres duros al mozo estupefacto. Después, esquivando a Canido que volvía dispuesto a repetir sus impresiones sobre la grosura de Arolas, voló hacia el tren.

—¡Traiga mis maletas! ¡Me quedo!

El acomodador lo hizo segundos antes de arrancar el rápido. Recogió el equipaje un faquín.

—¿A qué hora llega el correo para La Coruña?

—Dentro de una hora.

—Bien. Esperaré.

Ya no sentía. Ya no sentía la menor emoción. Estaba insensibilizado. Sólo aquella mu-

siquita «Madrileña soy, tin, tin tin, tin tan...» continuaba repiqueteando en sus oídos de una manera invariable, no emocionadora, cual un martirio al que se hubiese acostumbrado. «Madrileña soy, tin tin, tin, tin tan.»

Esperó en el hotel de la estación, rehuyendo a Canido. Durante media hora estuvo quieto. Parecía un viajero dormido que aprovechase las horas para reposar. Después de media hora se incorporó, y sacando de un bolsillo y de su cartera tres cosas, un retrato de mujer, un telegrama y una flor, hizo con todo pedacitos menudos, y los dejó caer suavemente.

El correo. Había cama libre. Se acostó. Ya no sentía dolor ni cólera. Recordó a Magda y vió únicamente sus pechos, sus dos pechos flácidos. Lo demás había desaparecido. Eran dos pechos grandes y gachos, de negros pezones, que ella tenía pudor, vergüenza, en mostrar. Dos tetas flojas. Eso resumía a Magda.

Sonrió amargamente Enrique. Era una ob-

servación larga, hecha en su vida de lucha. No es conveniente que nada sea perfecto. Todo resulta transitorio; el negocio bueno, la ciudad amable, la mujer bonita, el amigo leal. Perder las cosas, cuando son perfectas, es irreparable. La imperfección de ellas constituye el asidero que se os abulta, que os hace encoger los hombros para decir con estoicismo:

—Este negocio era beneficioso, ¡pero me daba tanto que hacer! Esta ciudad era encantadora, ¡pero y su humedad de pantano! Esta mujer...

¡Aquella mujer! La veía ya tan remota, que era invisible casi. Le parecía que transcurrieron años. Había un inmenso abismo entre ellos.

Y pensó con tristeza en su futuro. Le había pasado el hombre por la vida y lo había dejado ir. ¡El hombre! Su amparo, su fuerza, su cariño. Y lo había dejado ir. ¿Otro? No. La madre volvería a quitárselo. Y de nuevo al lupanar. Desnudarse, evitar la náusea ante el deforme, fingir besos, simular deleites, la propina. ¿Una enfermedad acaso? ¿La enferme-

dad horrible? ¿La execrable? ¿La que aja y troncha y hace viejas de niñas? ¿Preñez? ¿El aborto? Se durmió.

—

No lo esperaban. Fué una sorpresa inenarrable. Doña Eloísa lloró de alegría.

—Sí. Me volví en León. Un telegrama de Hermida. Los asuntos están arreglados. Y ahora por bastantes días, ¿eh? Bien ganado me tengo un buen respiro.

El canario gorjeaba, amarillo, entre sus áureos alambres. María Angélica estaba más bonita que nunca, en uno de esos días milagrosos que tienen algunas mujeres, en los que todo es belleza absoluta.

—¡Cuánto me alegra que hayas vuelto!—exclamó de improviso la hermana—. Beatriz y yo estábamos extrañadas de ti. ¡Mira que irte sin haberte hecho presentar!... ¿Es que no te gusta?

Enrique lanzó una carcajada juvenil y enseñó sus dientes fuertes y blancos.

—Me gusta mucho. Tiene, sí, la nariz larga, muy graciosa. ¡Vaya! Esta tarde me la presen-

tas. Pero ya soy gallo duro. ¡Treinta y ocho años! ¿Ella?

María Angélica rió también.

—Veinte. Confiesa diez y ocho. Estáis muy bien. El hombre debe ser mayor. Además, a ella le gustan treintones. ¿No te dije que le pareciste un chiquillo?

Callaron. Gorjeó el pájaro su vieja melodía. Luego se hizo un silencio muy dulce, un silencio como de iglesia, en la casa. Enrique se fué a tomar su ducha y a ver ¡pardiez! cómo iban aquellos amigotes que pillearon con él, siendo niños.

Reía la ciudad. Reía el verano. Reía él mismo, ilusionado ya por la vida, pensando en aquella Beatriz de la nariz fina y del acento raro, libre de la cloaca pestilente donde cayera y de la cual estaba en salvo, y con esa alegría total que nos hace dichosos cuando podemos decir ante los tristes desenlaces que la culpa, la chata y fea culpa, no fué nuestra.

No fué nuestra. Confortación que nunca falta, tesoro que jamás se pierde, premio interior para quien tiene la conciencia limpia.





JORNADA NOVENA

El martes, a las nueve de la mañana, se presentó Emilia Guerra en casa de Magda Girón. Media hora antes habían tenido, hija y madre, una escena triste.

—Ese hombre—había proferido doña Magdalena—ni te quiere ni te conviene.

—¿Por qué dices eso, mamá?

La viuda, seca, larga, negra, con su pequeña carilla de jirafa, envolvió el gabinete en una mirada desdeñosa:

—¿Te parece bien que nos tenga así? ¡Sí que ha estado generoso el caballero! Seis sillas, una mesa, el baño... El gabinete, sin poner. El comedor, sin venir. Da pena. ¡Se nos arruina el pobrecito.

La niña, que acababa de despertar y que jugaba con sus chinelas dándoles pataditas, se detuvo enojada.

—Mamá, Enrique no es ningún millonario.

Esto a doña Magdalena la sacó de sus casillas:

—Pues si no es ningún millonario, que se chinche. Que busque un acomodo más barato.

Le había tomado ojeriza al novio aquel. Al principio, cuando su hija le explicó cómo la había retirado Enrique Arolas, aunque torció el gesto, se ofreció a sí propia un futuro razonable. Enrique Arolas... Sí. El ingeniero. Era conocido en Madrid. Tenía intereses en el Metropolitano. Representaba una marca de automóviles. Su aire era perdonavidas y crujiente. Pasta. Había pasta.

De toda guisa, claro está, se puso en guardia. La idea de que algún hombre se le cruzara en el camino, engatusase a Magda y se la sustrajera, glotón, le había preocupado asaz. ¿Un chulito señoritín? ¿Un noviete romántico? ¿Un ladronzuelo con talle pinturero que le hiciera tilín a la pequeña? Ya, ya sabría ella defenderse.

Enrique, Enrique Arolas fué un poco de su agrado, al comenzar. Había bocinazos, jamón,

cangrejos, automoviladas. Mas cuando vió que no llegaban las perlas ni los brillantes, y sobre todo, cuando tratóse de poner casa, y observó que los muebles venían con parsimonia, comprendió que al amante nuevo había que tenerlo en su sitio. Porque, además, aquel intruso se traía unas ínfulas tremendas. Lección de franchute, nada de amistades ambiguas, celitos, vida morigerada, paso menudo. ¡Ca! Y le odió.

Lo detestó con toda su viudez triste, ya lejana, harta de sufrir, y dispuesta a vencer, con todo su rencor por el mundo que la había adulado cuando fué poderosa, y que después se le había desviado unánime. Era su abominación, abominación de mujer fracasada y dolorida, a quien se le sacase el espíritu en su tumbo, y a la cual sólo le quedaba un arma para no caer del todo: Magda. Era su abominación, la abominación de una ex princesa, vieja y mendiga, a quien le quisieran arrebatar el vaso único donde bebe su alcohol enervante.

Mujer propensa a lo anormal, aquella viu-

dez suya, a la que descendiera todavía joven y que fué como precipitarse en el infortunio, hizo de ella un ser patológico. Recordaba su jerarquía, su empaque provincial y oficial, su cohorte de aduladores y pegadizos. Había sido gran dama en La Coruña. Cuando estuvo allí la familia real se alojaron los infantitos en su casa. Después... Ya durante el pésame. Ya durante el pésame lo vió todo; frialdad, redror a que ella solicitase algo, descenso rapidísimo. Y por fin, la penuria, una estrechez sórdida, el vacío en torno suyo.

¡Magda! Magda había galvanizado algunas veces su viejos éxitos, la había aturdido con el estruendo de sus primeras conquistas. Dinero, placer, juventud... ¿Y habría algún mala entraña que se la quisiera arrebatar? Le sacaría los ojos. Era capaz de administrarle un veneno.

Estaba rabiosa, biliosa, aquel día. Su amarilla tez de hepática se arrugó más. Se hizo violácea, patológica:

—¡Que se chinche! ¿Es que se puede poseer una nenita de diez y seis años, un pim-

pollo medio gratis? ¡Y si fuera Adonis! Pero ese mostrenco... Sólo tiene bonitas las orejas y la risa. Lo demás...

Fué al comedor airada, sin motivo, y zangoloteó colérica. Cada vez más iracunda soltó una frase ya brutal, y que tenía atragantada:

—Para exigirle fidelidad a una muchacha como tú, hay que tenerla bien. Pero muy requetebién.

Y como si se dirigiera al propio Enrique, agregó:

—¿Entiende usted, señor mío? Hay que tener una casa bonita, y un cochecillo, y teatros, y regalos. ¿Quiere usted economizar? ¿Se ajustó usted con su novia para hacer ahorros?

Magda, que había vuelto al jugueteo con sus chinelas, se enfadó:

—Es que yo le quiero, mamá. Sabes que le quiero. Y me haces sufrir.

Doña Magdalena se puso como un basilisco:

—¿Que le quieres? ¡Buena idiota estás! Porque el mejor día te da la patada. Ese Arolas es un tipo romántico, un necio. Te mima ahora

porque le dió el arrechucho. Bien pronto le dará el arrechucho por otra, y entonces ¿qué? Ya rechazaste por ese tipo algunas proposiciones que podían resolvernos acaso el problema.

Se detuvo y soltó su doctrina, rotunda:

—A los hombres hay que sacarles pronto el jugo. Si no, se pierden el jugo y el hombre.

Aún estuvo más brutal:

—¡Si es un caso! Lo del zorro. ¿Te acuerdas? En cuanto supo el hombre que aquello valía un pico, se repulgó. Querría un pellejo de conejo en el que despilfarrar veinte duros.

Magda, que se ponía una media en aquel instante, saltó airada:

—Ya te dije que aquella piel era carísima. Una barbaridad. A mí ya sabes que me gustaba la de cien duros. Te empeñaste en la otra, y... quedamos ante Enrique como dos pedigüeñas. Vergüenza me da recordarlo.

—Eres una imbécil. Estás arruinando tu juventud.

Magda permaneció meditativa un momento. ¿Tendría razón su madre? ¡Su madre! Porque

era su madre quien hablaba. Y recordó. Sí. Ya se lo había advertido Emilia Guerra el día mismo en que lo conoció, al quedarse solas:

—Ese no repetirá contigo, Magda. Busca el mirlo blanco. Rara vez vuelve. Dice que las mujeres le dan asco en cuanto sale de la alcoba.

¿Tendría razón su madre? Sonrió. No era posible. Todo en su novio denotaba un cariño grande, hondo. Evocó escenas. ¡Ca! La quería.

Pero doña Magdalena volvió a la carga:

—¡Tacaño! ¿Tú sabes el dinero que nos queda?

—¡Qué sé yo!

—Diez y ocho duros.

—Hasta que vuelva Enrique, nos sobra.

—¿Que nos sobra? Estás fresca, hijita. ¿Pero es que no sabes lo que cuesta vivir? Aún tenemos sin pagar el gas. Y luego, ¡la perrita esa! Sí que te hizo un regalito espléndido el hombre... Se cisca, se mea, y come por siete. Vamos, una finca de recreo.

A las nueve de la mañana se presentó Emilia Guerra en aquel hogar. Era bajita, dulzona, elocuente, y como aún no había hecho ahorros, su audacia carecía de rival. Había visitado a tiples, a camareras, a manicuras, a casaditas pobres, a hijas de funcionarios modestos que se pirraban por los ringorrangos. Había iniciado en los placeres más pintorescos a la mujer de un sastre, gorda y guapetona ella, y a espaldas del marido se hinchaban las dos, de ganar...

Entró Emilia suavemente, con andares de gato. Ya estaba vestida Magda, y releía cartas de Enrique, cerca del balcón, sobre una sillita infantil.

Saludó. Tomó asiento. Resolló.

—Pero, ¿es que no quieres nada conmigo, Magda? ¿Tan mal te he tratado?

Ella pateó impaciente, y mientras besaba a su cachorra en el hociquito, exclamó:

—Ya le he dicho varias veces que tengo novio.

—¿Y qué?

Fué un «¿y qué?» corrosivo, dicho con se-

guridad, con experiencia. ¿Y qué? Todas las entretenídas hacían eso. Fidelidad. Eso era para algunas señoras casadas, que son dueñas, amas de su hogar, que comparten, heredan y llevan el apellido, y dan y quitan honra. Pero, ¡las apañadas! Era para reventar de risa.

—Además—añadió—no se trata, en este caso, de un hombre cualquiera. Te conoce. Se ha enamorado como un loco. Tiene la cartera repleta de billetes.

Magda hizo un mohín plebeyo, de chispera:

—Pues que se los guarde.

Emilia sonrió, indiferente a las pasiones juveniles:

—Lleva ocho o diez de a mil. A mí me ha dicho sencillamente que da uno de esos por estar contigo media hora.

La chica entonces dejó a su perra en el suelo, y, toda furiosa, buscó una frase sensacional:

—Pues que se lo meta donde le entre—dijo—. Donde le entre.

Dió unas vueltecitas de vals, y se miró al espejo.

Pero ya doña Magdalena intervino. Aquella estúpida le iba a quitar la vida. ¡Rechazar mil pesetas! Porque, eso sí, las mil pesetas serían libres. El corretaje que se lo sacara ella al señor aquel. Las mil vendrían enteras, ¿eh? No pasaría como meses antes, cuando el marqués de las seiscientas.

Magda se puso de pie, y las miró a las dos, iracunda:

—¡Basta ya! He dicho que no, y no.

Iba a gritar. Esto arredró a la madre. Juanita, la nena de nueve años, jugueteaba cerca, en la cocina, y podía enterarse. Emilia Guerra, contrariada, se arregló la mantilla, y se fué, estupefacta, refunfuñando, pareciéndole una herejía todo aquello.

Y al irse, doña Magdalena borbotó mil quejas, mil lamentaciones amargas. Su hija no quería ayudarle. Su hija la odiaba. Tendría que empeñar la paga una vez más. Tendría que irse como señora de compañía. Ella, la viuda de un magistrado, ¡correteando detrás de alguna señoritinga cursi! Se iba a morir. Tomaría un veneno. Lloriqueó.

Magda, entonces, se le acercó sumisa, trémula:

—No llores, mamita. No llores tú. Te quiero. ¿Lo dudas? Todo lo mío es tuyo. De nada dispongo. El dinero que Enrique me da, para ti es. La vida mía es poco. Pero no me quites este cariño. Enrique es bueno. Yo le quiero, mamá. ¡Le quiero mucho!

Se consolaron, y pasaron la mañana, contentas. Por la tarde, doña Magdalena salió de compras. Magda se negó a ir. Pasaría las horas con «Golosina». No quería exhibirse mucho para que no le fueran a decir cualquier embuste a Enrique. En el fondo, lo que le daba miedo era que alguien se enamorase de ella, ver llegar a otra Emilia, pasar aquellos disgustos, ver a su madre enfadada, ¡enfadada!

Por la noche regresó doña Magdalena con el bolsón vacío. No había sido despilfarradora, ¿eh? Cosas indispensables. Tela para camisas. Se había comprado un gorro negro. ¿Es que le parecía mal a Magda? Un gorrete negro, una facha. Y, once duros. Era un escándalo cómo se estaban poniendo las cosas.

Fueron al cine después de cenar. Por la mañana suscitóse un problema financiero. Magda debía ponerle a Enrique un telegrama pidiéndole cuartos. No quedaba lo que se dice un duro.

—Pero, mamá—replicó Magda—. ¡Si nos tiene entregado lo del mes y muchísimo más! Me da vergüenza. Además—evccó palmoteando—, ya es tarde; mañana viene. Creo que mañana viene. Eso me ha prometido.

—Sí... Mañana... ¿Y hoy?

—Nos aguantaremos por un día.

Doña Magdalena se resignó, refunfuñando. Habría que empeñar cualquier cosa. Ella misma iría a casa de Olías, el prendero. ¡Hijas estas! Pasar lo que pasaban, que no las saludaran sus parientes, ¿y para qué?...

A las nueve y media volvió a presentarse Emilia Guerra en la casa. Entró con paso firme, decidida a ganar la batalla, como impelida por una fuerza diabólica.

—Esta tarde a las tres—dijo casi mandando—estará ese caballero en mi casa. ¡Da tres mil pesetas libres para la pequeña! ¡Tres mil!

Doña Magdalena no quiso creerlo. Aquello parecía una burla. ¡Tres mil pesetas! ¡El precio de una virginidad! ¡La casa puesta! ¡Los apuros idos para un sin fin!

—Es verdad—dijo Emilia sugerente—. Le sobra eso y lo otro. Y está chiflado.

Se enfadó:

—Pero es que, además, esta mema tira su porvenir. Ese hombre la harta de joyas a poca maña que ella sepa darse. Como que era natural esto. Magda es muy bonita y le tenía que salir el hombre grande, el que hace la fortuna, el que salva a la mujer. Yo, francamente, he asegurado que sí, que vendrá Magdita a las tres.

—E irá—dijo doña Magdalena, viendo enojada a su hija—. ¡Vaya si irá! ¡Como que soy capaz de encerrarla otra vez en el colegio! Sería el colmo.

Magda se la quedó mirando, consternada. Recordó aquel frío, aquellas monjas severas y tristes, aquel refectorio donde pasó hambre, aquel rezar tan lúgubre, aquella prisión.

—Al colegio, no, mamá. Antes pido limosna por las calles. Antes me mato.

—Pues al colegio te llevo si rechazas. Y mira que lo hago por tu bien. ¡Tres mil pesetas! Y lo demás que pueda venir. Bien dice doña Emilia. Ese es el hombre que merece cariño. El que la puede a una redimir. No los tacaños. Irá, doña Emilia. Yo se lo aseguro.

Pero Magda se puso a llorar, inconsolable. Juanita vino, curiosa, con el pescuezo alargado y la mirada atónita. Doña Magdalena la zapateó entonces, como a un gato:

—¡Vete, niña! ¿Qué se te ha perdido aquí?

Emilia Guerra, cuando se escapó Juanita, adoptó un tono persuasivo. Porque, además, ¿iba a enterarse el otro? ¿Cómo?

La cosa se haría en secreto. Magda debía, por otra parte, decirle quién era su amante, para evitar un absurdo tropezón.

—¡Claro! Debes decírselo—recalcó doña Magdalena.

Magda, entonces, se vió ante un nuevo dilema tremendo. ¡Que se supiera el nombre querido! Eso era vejarlo, escarnecerlo, poner-

lo en evidencia. Emilia Guerra lo iría propalando entre los marchosos, los juerguistas.

—La querida de Enrique Arolas ha estado aquí por tres mil pesetas.

Las alcahuetas no guardan secretos. Son chismosas. Les gusta darse postín. Aquello era injuriarlo, pisotearlo, exponerlo a la mofa de cuatro asquerosos, cuyas queridas andarían por ahí, hechas un pingo. No. Era mejor callar, incluso arrostrar cualquier horror.

—Eso, nunca, mamá. Y si tú se lo dices, me tiro por el balcón.

Estaba lívida, decidida a todo. Reaccionó. Reaccionó todavia un poco más, cerca del abismo. Y se quedó plantada ante aquellas comadres, vibrátil y retadora como un airón.

—Además, no voy, ¿sabes? Haces lo que quieras. Me llevas al colegio; me matas.

Y aquella frase agotó su energía. Fué como el último disparo en el último reducto. Sentóse. Lloró. Porfiaron aún. Cuando se iba Emilia Guerra, la madre exclamó firmemente:

—Váyase tranquila. ¡Yo le digo que irá! ¡Irás! ¡Irás, Magda!

Iría. Y si no, al colegio.

—Además—insinuó—. ¿Es que vas a reñir con él? No tiene por qué saberlo. Está en La Coruña o de viaje. Si tanto te gusta, tenlo por capricho, por deseo. Hasta regálale, si quieres. Pero deshacer tu vida, no. Y menos pudiendo realizar esto sin peligro. ¿Te ha conocido virgen, acaso? El te quiere así.

—Pero me cree ya mejor y es capaz de matarme.

—¡Ca!

—O de olvidarme, que es peor. Si me mata es que me quiere. Su desprecio. Su desprecio me ahogaría de pena.

Y a la muñeca inexperta se le llenaron los ojos de lágrimas. Y después, como excitada por una ráfaga de efímera valentía, suplicó, agarrando filialmente las sayas de su madre:

—No me hagas esto. Enrique es más que un novio, que un amante... Mira, yo no sé cómo explicártelo. Enrique me apartó de aquella vida. ¿Quieres que tu Magdita pequeña sea una de la calle? ¡Dímelo! ¿Quieres?

Lloraba, lloraba. Pero lloraba ya casi sin

aire defensivo. Lloraba por lo hecho, por lo que iba a suceder, por la ruina definitiva de su ilusión, como si hubiera perdido a Enrique, y se viera al final de su éxodo, pintada y ronca, en la puerta de un burdel.

Llegó telegrama de Enrique. Estaba de viaje.

—¡Mejor!—exclamó doña Magdalena, gozosa—. Más seguridades.

Magda se sobresaltó de nuevo. Podía enterarse cualquier día. Podía ir a casa de Emilia Guerra.

—¡Ojalá! Cogido él infraganti, ¿tendría valor para decir algo? No sois marido y mujer. Sois dos... amigos. Bueno, y por encima de todo, lo quiero yo, que soy tu madre, y basta.

Lloraron, discutieron, se pelearon, hicieron las paces, volvieron a reñir. A las dos de la tarde, ya tenía hecho su petate doña Magdalena. Se iba. Huía de aquella hija mala, ingrata. ¿Sabía acaso Magda lo que había hecho por ella? Parirla y lactarla, y sacarla del sarampión y del tifus, era lo de menos. Pasó hambre. Sufrió penas.

Calló. Después, deteniéndose ante Magda con ademán melodramático, le dijo lentamente:

—Oye. Vas a oir lo que nunca te había dicho. Cuando tú tenías doce años, ya viuda, aún de buen ver...

Se detuvo como intimidada, como arrepentida. Magda, que estaba cosiendo un bolsón, invento suyo, sentada en la sillita infantil del gabinete, vuelta de espaldas a su madre, nerviosa, volvióse ante aquello, toda ella asombro.

—Sigue, mamá. ¿Qué ibas a decir?

Tiró la costura y se puso de pie.

—Sigue, mamá.

Doña Magdalena creyó tener la batalla resuelta. Hizo otra pausa lenta, honda, teatral, y acabó con la voz un poco ronca:

—Me dí, ¿sabes? Me dí. Y eso, para que tú no sufrieras más angustias. Para saciarte de pan. Eso, yo, ¡la viuda de Girón, la esposa de un ilustre caballero!

Aquella confesión espantosa emocionó a Magda. La dejó helada. Y miró a su madre

con admiración perpleja, como si tuviera delante a un ser milagroso, a un ser casi divino. Lloró, lloró después desgarradoramente, convulsa:

—Iré, mamá. ¡Iré! Es como si muriera, pero iré. Iré, madre.

A las tres menos cuarto salía Magda de su casa, con el vestido negro, el sombrerito de plumas rizadas, los zapatos de hebillas episcopales. Iba fea, palidísima, cual si fuese hacia el patíbulo. Tomó un coche, y dió las señas:

—Cruz Verde, 8.

Ya en el coche, procuró componerse, darle a su cara fulgor. Era, otra vez, la meretriz que se aliña para acudir al tálamo furtivo, para llegar a la cita sospechosa. Rodó el cochezuelo. Arribaron a la calle odiada. Miró. Dos figuras se le representaron, súbitas, en el espíritu. Enrique y Hermida. Hermida estaba en Madrid, y podría verla. ¡Qué horrible aquello! Tembló. Pero ideó que era absurdo ir a tro-

pezar en una ciudad que tiene más de un millón de pobladores con un hombre único, y a hora tan tempranera, con aquel calor... ¿Enrique? Enrique estaba de viaje. Lo evocó. Tembló, presa de un horrible miedo. Pero había que apechugar. El simón corría por Madrid.

La casa. Miró aquella casa. Aquella casa era el aquelarre del vicio, el cónclave de la picardía, un churrigurri de infundios, charranerías y tracamundanas. Allí acudían la entretenida pingüe que se deja explotar por un chulo; las dos hijitas pimpantes de un abogado viejo; los tres pimpollos de un militar reservista; la esposa de un actor impedido; llenas de colorete y afeites, ocultando su miseria y sus lágrimas bajo una máscara de risas. Allí acudían a verse, en atroces concubinatos furtivos, con hombres desmedulados y protervos, salaces y escuálidos como pequeños micos, figurillas de cornisa, gárgolas humanas que pirueteaban antes de morir, con lujuria de clínica, en corcovos horripilantes.

Descendió Magda del coche, ya pizpireta, olvidada de todo, vuelta a sí. La obra de Enri-

que estaba como perdida de nuevo. ¿Fatalidad? Sonrió, escéptica. Y subió, lista, con su melena rizosa, su cuerpecito flexible, aquel taconeo suyo, delicioso, y aquel embrujamiento moreno de toda su persona maja.



JORNADA DECIMA

CUANDO llegó, Emilia, que le había abierto la puerta, se puso muy alegre:

—¡Al fin! Temí si no vendrías.

—¿Está ese individuo?

—Sí. Pasa, remonona. Vienes lindísima, pequeña.

Y la condujo al gabinete mejor de la casa, al mismo en el que conociera a Enrique. Allá, sentado en el sofá, estaba aquél...

—¡Buen trabajo me ha costado!—rió Emilia Guerra, dirigiéndose al caballero de la cita—. Pero, ¡aquí la tiene usted, so gran sombrón!

Y se fue modosa, mañosa, empalagosa.

Magda observó al intruso. Era un muchacho todavía joven, como de veintiocho años, guapo, de tez mate, ojos de brasa, acento andaluz, simpático. Vestía un traje de gabardina verde obscura. Tenía aspecto señoril.

—¡Qué difícil me has sido!—exclamó—.

Pero, ya estás. Ya eres mía. ¿No te desnudas, encanto?

Le quitó el sombrerito, y admiró la melena rizada. Luego, cada vez con menor miramiento, y con una sonrisa indescifrable, la fué dejando desnuda. Ya sólo con medias y zapatos, y el sostenedor, la estudió sin pudor y sin respeto, como un avezado que procura enterarse bien.

—El pecho. ¿Lo tienes bonito?

—No. Cuando estuvo de moda no tener pecho, ¡me lo estrujé tanto!

—A ver, monada.

Cayeron los dos senos, que el sátiro miró con negligencia, y a los cuales puso una glosa bárbara:

—Sí... Pero como a mí me gustan ciertas cosas... No están mal los pechitos.

Ella se retiró temerosa, asustada:

—¿Que le gustan a usted ciertas cosas? ¿Cuáles?

—De tú, hija. Te lo permito. Sí. Me gusta, ¿sabes?, lo refinado. Yo soy un sibarita, ¿comprendes? Vamos, eso de hacer las cosas

a lo bruto, que no. Has de esmerarte, ¿sí?

Magda hubiera querido escapar. Pero la contuvo el temor al ridículo. Ya había dado el paso tremendo. Y luego, su madre. ¿Qué le haría ella viéndola llegar sin aquellos tres enormes billetes, que tenía como asidos, y a los cuales había dado ya empleo?

Fueron a la alcoba.

—Anda, nenita, ¿me higienizo?

Jugueteó. Estaba en plena satiriasis, gozando aquel momento insospechado, que aprovechaba con toda el ansia de un hambriento. Ya que el destino le había apropincuado aquel tropezón, se daría un tártago. Hizo sus caricias, despacio, regodeándose, saboreando aquel sexo apenas núbil que le ofrecía el azar, saciando su bestialismo cobarde y su morbosidad traicionera. Hocicó, buceó entre aquellas entrañas jóvenes, paladeando la niñez pervertida en toda su intimidad horrenda.

—Ahora, tú, remonona.

—Yo no sé.

—Aprendes.

—Es que me daría asco.

—¿De mí?

—Y de cualquiera. Yo no hago eso.

—Pues estás en el limbo. Ahora es lo natural. Las mujeres caras son redondas.

—¿Redondas?

—Sí. Ya te enterarás. Primero, eso. Anda, vidita. ¡Sumérgete!

Sonrió voluptuoso y acarició los senos de Magda:

—Anda, rica. Vamos a gozar como locos. Que yo sienta el rocecito, y me duerma de gusto. Y me das besitos, ¿sabes?, por todo el cuerpo, como yo te hice a ti.

La miró. Ella sentía repugnancia.

—Te advierto que me he bañado ayer. Mira.

Se alzó la camisa hasta el cuello, y enseñó un organismo flaco, que olía a verdura cocida, organismo sin conforte, vicioso y horrible.

—Que te zambullas, vida—añadió.

Hizo una pausa para atisbar los melindres de Magda con odio naciente y agresivo.

—Hija, tres mil pesetas son dinero. Hay

que gozarlas un poco. Porque, ¡vamos!, te has dejado pedir un pellizco, ¿eh?

Y la miró, altivo. ¡La meretricilla! Hacer lo que estaba realizando, y encima postinear. Anda ¡que bien pagados iban a quedar todos! ¡El escarmiento sería bárbaro!

Pero, ¡bárbaro! ¡Como que pensaba excederse! ¿No se trataba de sorprender a una menguadilla, y de asestarle ejemplar castigo? Pues, ¡a ello! Y en condiciones. Y se fruía de placer contemplándose a sí propio, tan grande, tan inmenso, enorme y sublime como la venganza.

Había estado ciclópeo. Primero, su labor con la celestina, hasta enloquecerla con aquellos billetes, y aquella labia. Luego, con la busconcilla traicionera. ¡Cochina! Anda, que el palo iba a ser morrocotudo...

Se refociló. ¡Pensar que había estado por decirle a Hermida la verdad, que la cita era a las tres! Pero, con ello, ¿qué se ganaba? Que la chica se fuera sin que la tocase nadie, y que él se quedara de bóbilis. ¡Ca! Le había dicho que la cita sería a las cuatro. Sería más

completo, más brutal. El encuentro—no era Arolas, sino Hermida—resultaría de efecto absoluto. Y luego, ¡también Irastorza era de Dios!

Insistió, soez:

—Son tres mil, reguapa.

Magda oía aquello como si no fuese con ella, como si estuviera soñando. Había conocido antes, muy antes, a hombres cínicos y canallas, que exigían aberraciones no complacidas, pero flagelantes sólo de imaginadas. Mas nunca tropezó con ser tan raro, tan desconcertador...

—Anda, me lavaré.

Saltó de la cama, y se fregoteó, escrupuloso.

—¿Ves? Ya estoy hecho un encanto. Para devorarme, chiquilla.

Exigió. Ella se defendía, se defendía. Pero el hombre se puso furioso:

—¿Me obligarás a marcharme?

Magda tembló, presa de un susto horrible. ¡Marcharse! ¡Sin pagar! Lo miró con ira, con asco. Después, estuvo entre soltar la carcaja-

da o prorrumpir en llanto. Y transigió al fin, cerrando los ojos, conteniendo la náusea, como ante un tormento monstruoso e inconcebible.

—Más, más—decía él—. Más. ¡Hasta acabar! ¡Remata la suerte!

—¡Eso no! ¡Eso nunca!

Se había erguido, horrorizada:

—No. Yo no hago eso.

—Pues entonces—razonó él—me voy. Tres mil pesetas son una suma demasiado grande para dilapidarla así, en majaderías corrientes. Para eso, cinco duros, y a otra cosa.

Mostróse ya brutal, bárbaro, incompasivo, de una crueldad fiera.

—¿Quieres o no?

—No.

Magda se había sentado sobre una sillita, conservando gacha su cabeza, gacha y tronchada. Le parecía un sueño todo aquel horror. Vió la cama, con su espejo desportillado, que descubría las horrendas piruetas y que hacía más salaces las posturas. Vió la colcha manchada por antiguas huellas hórridas. El bidé

agresivo, simbólico, como un emblema de gallofa innoble. Las toallas que pendían del lavabo. La usada pastilla de jabón, con la que se habrían untado hombres y mujeres desconocidos. El orinal, groseramente colocado en un estante de la mesilla, con su asa rota. Los cortinones verdes que separaban el gabinete de la alcoba, sucios, deshilachados. La pobreza de aquella mansión no empingorotada aún, que era de una tercera comenzante y todavía casi indigente. Los cuadros, cursis y chillones, algunos de ellos orgiásticos, cuadros de burdel. Y vió después a su madre como una domadora, allá, esperándola para arrebatarle los billetes que llevaría en la escarcela.

Suspiró. Era una desventurada. ¡Qué abajo había caído! ¡Y qué hondo!

Antes no había reparado bien en todo aquello. Nunca, además, encontrara hombre tan miserable. Pero ahora sí. Ahora lo veía todo como era, horrible. ¡Ah, cuánto mejor ser obrera o suicidarse! ¡Qué nefanda la prostitución! ¡Qué tremendo el prostíbulo!

Estuvo a punto de llorar, de echarse a los

pies de aquel individuo para decirle que era una niña, que estaba abandonada, que tuviera compasión, que le entregase el dinero sin torturarla más. Lo miró. No. Era un hombre perverso, inconsciente, a quien también le había secado el alma la vida, acaso un sádico, más gozoso cuanto más la viera padecer...

Sufrió como un ajusticiado. Ella, huérfana a los nueve años, había ido a la degradación como a un camino racional y quizás único, llevada por la mano más querida. Nunca oyó hablar de honra ni de virtud. Eran palabras de novela, como paraísos legendarios de seres maravillosos. Enrique, sí. Enrique había ido hasta su corazoncito no encanallado aún, y lo había pinzado en aquel estercolero, para sacarlo, trémulo, como un nido. Sufría. Padecía en toda su psicología consternada. Morir en aquel trance le hubiera parecido redentor. Daría término al infame dilema.

Empezó el cínico a vestirse. Ella preguntó con timidez:

—Y no me dará nada...

—Nada. A ti nada. ¿Por qué? A Emilia, sí,

le pagaré su trabajo, las molestias. Pero ¿a ti? Lo que debía yo hacer era pedirte una indemnización por el berrenchín que me estás dando. ¡Vaya con la mocita pudorosa!

....

Magda tuvo que transigir, al cabo.

....

Se lavaron. Se vistieron. Aquel hombre tenía una mirada fría y una sonrisa cada vez más enigmática. Magda lo atisbaba con horror y con miedo. ¡Oh, qué asco le había tomado! No. Jamás reincidiría. Jamás. Prefería el colegio. Pediría limosna. Ya no pensaba en Enrique. Comprendía que estaba perdido. Le daba a ella ¡un espanto de sí propia recordar al novio! Trabajaría. Se mataría. Todo menos volver. Le entregaría a su madre aquel tremendo dinero, y ajustarían cuentas. Liquidarían si era preciso. No. No más. ¡Qué infamia! ¡Qué bellaca infamia! ¡Qué espanto de sí propia! ¡Qué sucia y qué fea se sentía! ¡Y qué grotesca!

Ya vestidos, y en el gabinete, aquel hombre se la quedó mirando con ironía.

—Oye, pequeña, ¿qué día es hoy?

—Once.

—Pues apúntalo en tu libro de recuerdos. Has echado el completo, hija.

—¿Qué?

—Que te has lucido.

—¿Yo?

—Once. Diíta claro. Diíta grande.

Se detuvo, y preguntó:

—¿Tú sabes en qué consiste un "mico"?

Ella se puso lívida. Sí. Había oído hablar... Daba "mico" el hombre que no pagaba, que huía si era un cobarde, o lo decía claramente si era un audaz.

—"¿Mico?" Pero ¿es que usted me va a dar "mico"?

Rió, báquico, Irastorza, pletórico de orgullo vengador.

—¡Naturalmente, moza! ¡Qué mala pupila te gastas! Pero ¿crees tú que un gachó de mi pinta es hombre que suda tres mil del ala, habiendo serafines de a duro?

Ella se fué hacia él para pegarle, para sacarle los ojos. Pero el macho la contuvo de un manotazo bestial.

—¡Quieta, quieta, niña! Que aún te hago favor. Soy policía, ¿eh? Ojo. Yo puedo llevar a una menor donde tú ni sospechas. A ti, a tu madre, a la alcahueta y al verbo. Conque ¡ojo! Agradéceme que te haya tratado con cariño, y que te conserves. ¡Abur, gacela!

Se puso el sombrero, y salió. Magda cayó en el diván, yerta. Cuando abrió los ojos... ¿Eh? ¿Qué era aquello? ¿Soñaba? ¿Soñaba? ¿Era una pesadilla espantosa? Hermida había entrado allí, en el gabinete, se había quitado las gafas amarillas que llevaba para el sol, y la miraba, pálido. Era Hermida, alto, delgado, con su bigote rubio. ¡Era Hermida!

Hermida empezó por excusar a Emilia Guerra. No. No había llevado a Magda al encerradero aquel. Era ajena al asunto. Sorprendida, tuvo más remedio que claudicar. Claudicar o no ir a la cárcel. Luego, exclamó:

—La veo a usted aquí, Magda, y no lo creo aún. Magda, ¿por qué hizo usted esto? ¿Di-

nero? Enrique viene mañana. Me tenía usted a mí.

Se detuvo:

—Hacerle esto a un hombre ¡que le habló de tener hijos, y que la quería tanto!

Ella lloraba con desesperación, como podría llorar un cadáver, sin esperanza, muerta ya. Lloraba, como pudiera llorar un difunto en su propio entierro.

—No me pregunte usted. No puedo responderle. ¡Soy muy desgraciada!

Emilia trajo agua de azahar. Magda bebió con avidez, ya casi desvanecida. Aquello le hizo bien. Abrió los ojos, y miró a Hermida lentamente, buscando su piedad. Pero era una piedad imposible. Hermida, el mejor amigo de Enrique... ¿Lo traicionaría por ella? Por ella ¡que estaba tan abajo, tan caída, tan repulsiva en su maldad fracasada!

—Se lo dirá usted...

—Sí. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer, Magda?

Después, Hermida, compadecido, tuvo una idea clemente.

—Aún estamos a tiempo. Sea usted quien

lo deje, quien riña con él. Escriba usted ahora mismo una carta de ruptura, que yo le entregaré mañana. Así, ni él sabrá esto, ni usted padecerá el tormento de sentirse despreciada. ¡Hágalo!

Pero ella no accedió. Lo quería. Lo adoraba. Y ahora más que antes. Ahora lo quería como una perra enferma puede querer a su amo bueno.

—¡Que me desprecie! ¡Que me odie! ¡Que me mate!

Hermida volvió a sentirse compadecido, y consoló:

—¡Quién sabe! Aún pueden ustedes ser... amigos. Amantes, no. Pero a Enrique le gusta usted mucho como mujer. El error ha sido ése, hablar en verso cuando todo es prosa en esta vida vulgar que vivimos.

Ella lo miró todavía más triste, sintiendo la intimidad absoluta de aquella desventura, y se negó:

—Yo soy una infame, una... Pero a Enrique lo idolatro, ¿sabe usted? ¡Yo, su ramera de unas horas!

Enrique se iría con otras mujeres delante de ella, y la trataría como a una de tantas.

Y prorrumpió a llorar otra vez, todavía con mayor desespero. Hermida—justamente—la trataba ya como a lo que era, como a una prostituta. Se mordió los puños. Tenía hinchados los ojos. El pañolín de hilo arrancaba pestañas enteras de cuajo. ¡Aquellas sus pestañas rizadas y ahora tan puercas!

Hermida comprendió que aquella escena no podía prolongarse.

—Magda—la dijo—, serénese usted. Olvidará esto. Tengo un coche. El coche la llevará donde usted quiera.

Bajaron.

—Voy a Montera—dijo—. Mi madre está allí.

Hermida le dió las señas al cochero, y se alejó a pie, tristemente, con un secreto malestar, vacilando. Había sido amigo. Había hecho un bien. Y un mal. ¡Infame vida, traidora y absurda, que no tolera felicidades absolutas ni consiente amores venturosos!

Magda llegó tan pálida, que su madre se asustó al verla.

—¿Qué te pasa?

—Vámonos, me muero.

—Dime.

—Que me muero.

Y sin despedirse de nadie salieron, como dos sombras.

—Un coche—dijo Magda.

Detuvieron a uno:

—Covarrubias, 26. ¡De prisa! La niña va enferma.

Un fustazo.

—Dime, ¿qué te pasa?

Y ella se echó a llorar otra vez. Era un gemido entrecortado, un hipar que le cortaba el habla y la respiración.

—Dime, hija, dime.

Magda hizo un supremo esfuerzo para decir:

—Me ha sorprendido Hermida.

La madre palideció también:

—¡Canallas! ¡Una encerrona! ¡Te la tenían preparada los muy sinvergüenzas!

Y borbotó injurias como venablos, co-

mo sapos, escupiéndolas con atroz iracundia.

—¡Ya te lo decía yo! Ese Enrique es un bribón, un infame! ¿Lo ves? Te está bien empleado por no hacer caso de mi experiencia. ¡Canallas! ¡Más que canallas!

Se revolvía, furibunda, en el coche, y amenazaba:

—A ése le he de cruzar yo la cara indecente. Y al Hermida también. Y a ti. A ti, estúpida, por enamoriscarte como una imbécil Por cierto que ya te habrá servido de lección. el pasito. De lección. ¡Bonita lección!

Se detuvo. Después, anonadada ante una idea monstruosa, preguntó con ansia:

—Entonces, el otro... El otro, el de la cita, era un compinche. ¿Te pagó?

Magda, exánime ya, dijo que no con la cabeza.

—¿No te pagó?

—No me pagó.

—¿Nada?

—Nada.

Y volvió a llorar, ya sin lágrimas, sangre. La madre, entonces, ciega, pegó a Magda; le

pegó sin disimulo, no importándole lo que pudiera decir la gente. Fueron dos puñadas brutales que Magda ni sintió siquiera.

—¡Imbécil! Te lo iba a decir. Que pidieras el dinero adelantado. Sois bobas. ¡Se te tenía que pasar también esto! Os confiáis al primero que llega. ¡Bestia! ¡Bestia! ¡Bestia!

La idea de verse sin aquel dinero, le retorcía el alma. Se la retorcía de impotencia y de odio.

—¡Qué infamia! ¡Qué infamia!—repitió con voz de asesinato.

Se contuvo, rencorosa y sombría.

—Nos hemos lucido. La hicimos buena. Ahora, reñidas con Emilia, ¿qué hacer? ¿Dónde vas a ir? ¿Qué mujer de bien va a quererte?

Se golpeó a sí propia.

—Tendremos que buscar por ahí otro sitio. Y por de pronto, ¿eh?, habrá que empeñar los regalitos de ese asqueroso. No quiero ver nada suyo. Me ofendería. Por de pronto, el relojito ese que te dió, ¡pródigo! Aún no sé si será de oro. Olías lo dirá. ¡Qué porque-

ría de vida! ¡Entre qué gentes anda una!

Magda, que era masa inerte, se reveló desde el abismo:

—El relojito, no. El relojito, no, mamá.

—¿Que no? Pero, ¿es que todavía quieres a ese granuja?

Magda no supo qué responder. ¿Quererlo? Era poco. Era más que poco. Era hiriente, ultrajante, decirlo.

—El relojito, no, mamá.

Pasaban las calles, las calles como ensombrecidas, como difuminadas. Magda veía rótulos de tiendas, y leía sin saber por qué: "Gran liquidación" "Mercería de Fernández Hermanos". Todo era como insólito. Le sorprendió ver una tienda atestada de gente, cual si constituyese espectáculo inaudito y desconcertante. Su madre, al lado, seguía escupiendo ultrajes, obcecada y trágica, en una crisis de locura.

Habían llegado. Eran las cinco de la tarde. Juanita estaría arriba, con "Golosina", jugando al escondite.

—No quiero escenas—dijo la madre—.

Procura disimular para que Juanita no se entere.

Bajaron del coche. Al cruzar la portería, Magda se tapó el rostro. Treparon. Juanita misma les abrió:

—¿Viene enferma Magda?

—Sí. Dolor de cabeza, un jaquecazo. No tiene importancia. Se acostará y le pasará.

Magda se fué a su alcoba. Desnudóse a tirones, rompiendo sedas y descosiendo pespuntes. Sobre la mesa de noche vió el retrato de Enrique. Estaba allí, con su aspecto sencillo, con su quieta mirada bondadosa. Magda lo cogió temblando, y lo ocultó en el cajón, horrorizada. Se acostó. Ya no pensaba, ni sentía. Era el despojo de sí propia. Se veía más allá de la muerte, en otra vida, como errabunda en un pais absurdo y siniestro. Carecía de voluntad para sufrir siquiera. Contó uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Luego, se fué a los meses del año, a los días de la semana. Después rezó un padre-nuestro, otro. Oía dentro de su cráneo, músicas discordes, como agolpadas. Vió desfilar un galope de

caballos. Se le aparecieron cabezotas enormes, sin cuerpos, y aquellos ojos saltones hacían guiños terroríficos. Se caía de una torre. Se caía siempre, sin llegar al suelo. Se ahogaba en un río helado. La perseguía un reptil inmenso. Ella corría con el pelo erizado. Corría, se asfixiaba. Y el reptil, detrás, a su alcance. Veía a Enrique con otra mujer. Parecía enamorarla. Y encontró esto sencillo y lógico. Volvió a contar. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

Luego, abrió sus ojos, y miró la pequeña alcoba a la que ya Enrique no volvería nunca. Sintió el frío de una soledad inmensa. Detrás del balcón caía la tarde. En el gabinete, junto al balcón, sobre un cojín, dormía "Golosina" sus dos meses de cachorra tragona, dormía su inocente sueño posado, abismado y total. Magda la miró enternecida. Era regalo suyo. Y era, tal vez, el único amor que le quedaba en la tierra. Llamó.

—¡Golosina!

Y la perruca se despertó con estupor soñarrero, y se desperezó con tedio encocora-

rado. ¡Era el colmo, no dejarla tranquila, digiriendo su plato de leche! Miró a Magda un poco molesta. Pero la niña, que tenía hinchados los ojos, y que aún zollipaba, volvió a decir su nombre en voz trémula:

—Ven, Golosina. ¡Golosinita mía!

La perra, entonces, pareció comprender. Su ama estaba triste. Y corrió, gordota, con sus tardos movimientos ingenuos, y brincó sobre la cama, y se echó allí.

Y en aquella cama se abrazaron los dos. Y mientras Magda lloraba mojando la cabeza de "Golosina", empapando la fina lana de su pelo gris, ella, corazoncito blando, decía un quejido tembloroso, y acaso al adivinar que su ama sufría una pena muy grande, lamía las blancas manos sin fuerza y besaba los negros ojos enfermos.

—Tú sola me quieres. No puedes comprender. Es horrible, ¿sabes? Horrible.

La perrita gemía con esa débil queja que tienen los cachorros abandonados, los cachorros abandonados y agónicos de frío y de

hambre. Y su dolor parecía mitigar el de su dueña.

Balcón allá, seguía atardeciendo.

Lloró Magda todavía. Había caído ya en mitad de la sentina hedionda ¡y sin remedio! Cuando se acabasen las últimas monedas tendría que vender o empeñar los regalos, ¡sus regalos! Después... Otra vez al falansterio. Y ahora sin pudor, avezada, conocedora de los más atroces deseos, y sin prestigio, ni pretensiones: una del montón. Se vió ajada, enferma, suplicándoles con voz ronca a los machos del arroyo, empujada por la fatalidad. Aún tenía lágrimas que llorar. Aún conservaba garganta para gemir. Y gimió y lloró tirada en su lecho, como un despojo.

Balcón allá, seguía atardeciendo, atardeciendo tristemente.

La madre, en tanto, dialogaba, lejos, con Juanita. Juanita se la había acercado, tímida,

y le había preguntado por Magda. ¿Qué tenía Magda? ¿Ppor qué estaba así Magda. La madre se vió en el caso de confesar un poquito de aquello:

—Es que ha reñido con su novio, ¿comprendes? Con Enrique. Nada. Tonterías. Ya se le pasará.

Después, subiéndose a la niña hasta su regazo, la acarició con sus dedos sarmentosos y lívidos:

—Magda es una romántica, ¿sabes? Una ilusa. Ya ves cómo se ha puesto por un hombre. Tú, no serás así. Yo juro que no serás asi. ¿Verdad que no serás así?

La miró, la remiró. Y desde el fondo de su fracaso, sonrió a la esperanza.

—Tú no serás así. Yo te educaré de otro modo. Tú sabrás que los hombres son malos, que son nuestros enemigos, que se les debe triturar. ¡Qué lindos ojos tienes, Juanita!

Le dió besos.

—Tú eres mi predilecta. Ya verás. Ya verás qué distinta has de ser.

Volvió al suelo a la niña, y ya como olvi-

dada, sin una resonancia dentro de su corazón, se fué hacia la cocina para ir disponiendo la cena. Para ir preparando la cena de aquellas dos hijas, de la que, envejecida demasiado pronto, y de la que iba creciendo despacio. De la que era un despojo prematuro, y de la que era una esperanza precoz.

Luego, en el hogar aquel se hizo un silencio apenas interrumpido por el gemir de Magda. Y el día expiró detrás de los balcones en un atardecer lento y tristísimo, en una roja y trágica agonía.

San Sebastián-Madrid del 20 al 26 de Agosto. Año 1920.

FIN



INDICE

OBRAS COMPLETAS

DE

LUIS ANTÓN DEL OLMET

VOLUMEN I

Cruz Verde, 8. (Novela.)

EN PRENSA

VOLUMEN II

Gobernación, Sánchez Minguez. (Novela.)

